3-7-11
8135
5-8-6
1786

VIDA

DE GONZALO FERNANDEZ

DE AGUILAR Y CÓRDOBA,

LLAMADO

EL GRAN CAPITAN.

POR

D. IGNACIO LOPEZ DE AYALA.

MADRID. MDCCXCIII.
EN LA OFICINA DE D. GERÓNIMO ORTEGA
Y HEREDEROS DE IBARRA.

INTRODUCCION.

Don Ignacio Lopez de Ayala bien conocido entre los amantes de las letras por su continua aplicacion á ellas, intentó publicar una Obra con el título de *Vidas de los Capitanes mas insignes que ha producido España*: no ha dexado escrita mas que una parte de ella, y seria de desear la completase alguno, para mostrar así el reconocimiento debido á nuestros mayores, y mover á su imitacion la noble Juventud Es-

pañola. "La juventud princi-
„palmente (dice Ayala) como
„ménos resabiada, y de tem-
„peramento mas dispuesto con
„el ardor de la sangre y vive-
„za de los espíritus para reci-
„bir las impresiones de los ob-
„jetos grandes, sacaria mu-
„cha utilidad de tan heroycos
„exemplares: para ninguna car-
„rera de honor es apto el jó-
„ven, que lea sin inflamarse
„las hazañas. Un alma bien
„templada debe sentir los atrac-
„tivos de la virtud, y procurar
„conformarse á los retratos de
„ella copiados al vivo en las vi-
„das de los ilustres Capitanes.

No se halla tal coleccion; y nuestro Autor solo trabajó las vidas de nueve héroes: objeto grande, y digno de un alma tan noble, como la de aquellos á quienes hubiese de alabar! De las escritas es una la del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, cuya publicacion he creido será bien recibida de los amantes de la patria; ya por la grandeza de las hazañas de este héroe, que nos envidian las demas Naciones, ya porque el dia de hoy deben leerse gustosamente tantas victorias, con que ensalzando la gloria de las armas Españolas

abatió el orgullo de los Franceses. Acaso tambien (si correspondiese el efecto á nuestros intentos) podrán contribuir estas memorias á renovar aquel espíritu marcial, que en todos tiempos ha dominado á los Españoles, ha formado héroes mas completos que quantos alabó la sabia Grecia, y dieron á Roma el Imperio del Orbe. No hay parte alguna donde no se encuentren esclarecidos vestigios de las hazañas con que nuestros insignes Capitanes aumentando su gloria enseñaron, quán vasta es la extension del corazon humano: por éste ha

sido siempre respetado el Español de las Naciones mas poderosas. A qualquiera parte que volvamos la vista, advertirémos humeando aun la sangre de nuestros padres, sangre inocente derramada por conservar la Religion y la patria. Qué pueblo, qué campo no numera mil triunfos conseguidos en él mismo por los que nos precedieron! Oxalá quisiéramos repetir aquellos exemplos de valor y constancia, que nos han conseguido la libertad que gozamos! Los tiempos corren, y vuelven presentándonos iguales y mayores necesidades, en que no se trata del honor

y de conquistas, sino de la patria y de la Religion: lo que hoy sucede, ha pasado en los siglos anteriores; y la historia nos enseña que hombres como nosotros criados baxo el mismo cielo con una misma educacion han executado con grandeza de alma los hechos, que nuestra tibieza y floxedad hace miremos como inimitables: su constancia superó mayores obstáculos que los que retardan nuestro valor; y por ventura nosotros que nos honramos con la gloria que les ganó su espada, no harémos mas que referirla? Nos gloriarémos de con-

tar entre nuestros mayores á héroes, á quienes no queremos imitar? Y gozando de premios ganados por la virtud, que no tenemos, creerémos ser bastante buenos, por haberlo sido nuestros padres? No es esta por cierto la conducta de los valientes Españoles; y la generosidad que han mostrado los pueblos, correspondiendo al amor y ternura con que han sido convidados á tomar las armas en defensa de sus hogares y verdadera libertad, puede lisonjearnos de que verémos renacer en nuestros exércitos aquel heroysmo imponderable,

con que tantas veces los soldados Españoles han triunfado de mucho mas numerosas tropas de la Nacion Francesa, como demuestra en parte la siguiente narracion.

VIDA
DE GONZALO FERNANDEZ
DE AGUILAR Y CORDOBA,
LLAMADO
EL GRAN CAPITAN.

Entre la muchedumbre de expertos Generales que se han distinguido sobre los demas mortales, á solos dos se ha concedido por universal consentimiento el renombre de Grandes Capitanes. Fué el primero Andrónico Contestéfano, famoso Griego, que en tiempo de los Emperadores Conmenos defendió y restauró el ya decaido esplendor de aquel Imperio; y el segundo Gonzalo Fernandez de

Aguilar y Córdoba, cuyas gloriosísimas hazañas duran y durarán en la memoria de los hombres, miéntras se dé estimacion á los talentos, valor y pericia militar. Todos quantos llegaron á oir las hazañas de este héroe, le concedieron gustosamente tan glorioso dictado, tanto por sus expediciones y conquistas, quanto por otras muchas prendas y virtudes que en el grado mas sublime realzaban su persona; porque no fué este Español solamente otro guerrero, ó afortunado Capitan. El Cielo, que con liberalidad le concedió estas dos partidas, lo dotó igualmente de prudencia extraordinaria, de agudo entendimiento, de magestad en su persona, de constancia en las empresas mas dificiles, de ánimo imperturbable en los peligros, de templanza en la felicidad,

de moderacion en los aplausos, de mayor ardor que el de Anibal en disponer y executar un asalto, ó dar una batalla, y de mas humanidad que la de Scipion en usar de la victoria. Añádese á esto un comedimiento y afabilidad sincera para con las personas de todos estados, sumo respeto á la Religion, mucha modestia, singular pureza y caridad christiana, que por raras entre las personas de su profesion, le hacen superior al Gran Capitan Griego, y casi único entre quantos han seguido la carrera de las armas.

Nació en Montilla Villa entónces, y Ciudad en nuestros tiempos del Reyno de Córdoba, en el mes de Agosto del año 1453. Fué su padre Don Pedro Fernandez de Aguilar, Rico-hombre de Castilla, y quinto Señor de Aguí-

lar, Montilla, Priego, Cañete, Monturque y Castil-Anzúr. Igual nobleza participaba por su madre Doña Elvira de Herrera, nieta de los Enriquez Almirantes de Castilla; y así le deparó el Cielo calidad de las mas ilustres de España. Murió su padre aunque de corta edad, ya glorioso en sus expediciones contra Moros, dexando de su esposa á Don Alonso de Aguilar, muy conocido en nuestras Crónicas por su valor y lastimosa muerte acaecida en Sierra-Bermeja. Fué su segundo hijo Gonzalo Fernandez, que criado segun su ilustre calidad, é instruido en las primeras letras por un prudente ayo, llamado Diego Cárcamo, hombre docto, juicioso, culto, y que sabia inspirar á su discípulo la verdadera idea de la bondad, del honor y de la gloria, pasó en 1465

á la Corte del Infante Don Alonso hijo de Don Juan el II., y hermano de Enrique IV. de Castilla. El favor de los Grandes amigos de su padre y casa, su gallarda disposicion, su agilidad, su destreza, su buen término y cortesanía le conciliaron universal estimacion, y le prometian ascensos correspondientes á su nacimiento; pero muerto muy poco despues el Infante Don Alonso, fué necesario sacarle de las turbulencias de la Corte de Castilla, y retirarle á su casa, donde se mantuvo hasta que le llamó á Segovia la incomparable Reyna Doña Isabel la Católica, que casada con el Duque de Montblanc y Príncipe de Aragon Don Fernando sin el consentimiento de su hermano Don Enrique, hacia gente, y se disponia para defender sus derechos

contra el partido de Doña Juana hija de la Reyna de Castilla, y, como era voz comun, de Don Beltran de la Cueva; por cuya causa la llamaron Doña Juana la Beltraneja.

En la Corte de Doña Isabel adelantó la estimacion, y grandes esperanzas que se habian concebido de sus talentos. Portábase con magnificencia extraordinaria: su corazon únicamente avaro de honor y gloria, no encontraba otro objeto que pudiese satisfacerle. Gastaba en ropas exquisitas, en la mesa y en criados con solo el fin de distinguirse tan exôrbitantes sumas, que sus profusiones fuéron el motivo ordinario de las exhortaciones de su ayo y de los avisos de su hermano. Exercítabase tambien en habilidades propias de su edad: montaba con grande agilidad á la gi-

neta y á la brida ; quebraba una lanza con notable garbo ; jugase el alfange , esgrimiese el montante , ó manejase la espada , siempre merecia los primeros aplausos , tanto que el público juez imparcial del verdadero mérito lo conocia baxo el nombre de *Príncipe de la juventud*.

No pasó mucho tiempo sin que fuese necesario mover en defensa de Castilla las armas , en que por instruccion y diversion se exercitaba ; porque habiendo muerto Enrique IV. , y llamado algunos personages inquietos al Rey de Portugal , para que casando con la Beltraneja arrojase del Reyno á Doña Isabel y Don Fernando , se portó Gonzalo tan valerosamente en quantas ocasiones midió las armas con los Portugueses , que dió perfecto cumplimiento á las sublí-

mes esperanzas concebidas de su valor. Mandó en aquellas guerras ciento y veinte caballos en lugar de su hermano Don Alonso; y no hubo en todas ellas accion, conquista ni reencuentro en que no procurase hallarse y distinguirse. Algunos jóvenes de su misma esfera solian vestir para entrar en la refriega ropas comunes, para que equivocados con el vulgo del exército no llamasen sus distinguidos ropages la atencion y golpes de los enemigos. Gonzalo gobernándose por dictámenes mas generosos decia, que siendo la distincion en el vestido indicio de la nobleza, debia aquella infundir miedo en los enemigos, y valor en los nobles para no executar alguna baxeza ó cobardía. Este modo de discurrir le grangeó particulares alabanzas en la batalla de Albuera, porque ha-

biéndose presentado vestido de encendida grana, y poblado el morrion de hermosas plumas, consiguió que la singularidad de su ropa hiciese mas reparables y conocidas sus hazañas, y le consiguiese las alabanzas del General y del exército.

Asentadas las paces con Portugal, se mantuvo en la Corte disfrutando la estimacion de todos, y particularmente de la Reyna Doña Isabel, que miéntras vivió conservó á Gonzalo mucho afecto (y algunos dicen amor), y le defendió de las calumnias de los envidiosos. En 1479 entró Don Fernando á poseer los Reynos de la Corona de Aragon por muerte de su padre Don Juan el II., y reunidas sus fuerzas con las de Castilla determinó arrojar los Mahometanos del Reyno de Granada,

el único que conservaban en España. Los mismos infieles movieron la indignacion de los Reyes de Castilla, sorprehendiendo á Zahara Villa fuerte y frontera del Reyno de Sevilla. Con esta noticia se apoderaron los Christianos capitaneados del Marques de Cádiz Don Rodrigo Ponce de Leon, de Alhama distante solas cinco leguas de Granada.

Despues de rendidas otras Plazas se tomó la de Tajara; pero quedando por los Moros su castillo situado en un sitio montuoso y de dificiles accesos, hizo formar Gonzalo mantas y parapetos con las puertas de las casas, para acercarse sin peligro á combatir á los infieles, que finalmente se rindieron. No hubo en aquella terca y dilatada guerra de diez años accion de momento á que no concurriese nuestro hé-

roe; á los principios como soldado voluntario, despues como Capitan de la guarda de los Reyes, y últimamente como Gobernador de Alora, y parte principal del exército, y de la conquista de Granada.

En 1484 mandó juntamente con Diego Lopez de Ayala el ala derecha del exército, que por órden de los Reyes Católicos se juntó en Antequera para hacer la tala en los paises enemigos. Los contornos de Alora, del Sabinal, Cazarabonela, Cartama, Coin y de otros muchos pueblos experimentarón los mas crueles estragos de la guerra. Asistió poco despues á aquella entrada que hizo en persona Don Fernando hasta acercarse á las puertas de Granada. En 1486, siendo á la sazon Capitan de la guarda del Rey, se distin-

guió notablemente en la conquista de Loja, pues fué de los primeros que entraron sus arrabales por asalto. Desde allí pasó con el exército á cercar á Illora Villa edificada sobre una altura, rodeada de extendidas llanuras, y que por su fortaleza la llamaban los infieles el *ojo derecho* de Granada. Guarnecíanla dos mil hombres de tropas escogidas resueltos á defenderse vigorosamente; pero luego que se tomaron los arrabales por asalto, la entregaron por composicion; y el Rey dió su gobierno á Gonzalo Fernandez, que muy en breve restableció los muros, y la puso en estado de resistir á todos los esfuerzos y estratagemas de los enemigos.

Hacia desde ella freqüentes correrías: tomaba las prevenciones que conducian los infieles á la ca-

pital, talábales las mieses, quemábales sus aldeas y alquerías; y de tal modo los incomodaba, que no pasaba dia en que no oyesen los Granadinos el nombre de Gonzalo junto con una grave pérdida que les habia causado. Una noche se acercó á la capital, dió muerte á las escuchas de la puerta de Bibataubin, entró por ella, quemó muchos molinos y la puerta tambien poniéndola fuego al retirarse. Espantados los Moros de acciones tan audaces, y reconociendo no obstante la excelencia de sus hazañas, comenzaron á llamarle el Gran Capitan, sobrenombre que confirmaron despues sus expediciones en Italia.

En 14 de Febrero de 1489 casó en Palma de segundas nupcias con Doña María Manrique, hija de Don Fadrique Manrique

de Castilla Señor del Hito, Baños y otros pueblos. Jamas se vió casamiento mas proporcionado, pues eran tan iguales las virtudes y prendas de los desposados, que no se puede determinar quién de los dos las participaba en grado mas heróyco. Por Junio del mismo año mandó setenta lanzas en el exército, con que sitió á Baza el Rey Católico, quien le encomendó parte de una celada que habia dispuesto para enfrenar las surtidas de los Mahometanos, de los que mataron en ella cien caballos y quatrocientos peones. No escarmentados los infieles salieron en otra ocasion contra los Christianos que guardaban un puesto: hubieran éstos perecido irremediablemente, si no hubiese acudido Gonzalo unido con el Conde de Tendilla General muy experto, y de quien

siempre confesó que habia aprendido mucho en el arte de la guerra. Defendiéronse no obstante los enemigos con tanta obstinacion, que fué necesaria mucha constancia para resistirlos, y que llegase con su gente su hermano Don Alonso para retirarlos á la Plaza. Rindióse finalmente Baza, Guadix, Almería, y los demas Estados dependientes del Zagal; pero no queriendo entregar la capital el Rey Chico, reforzó Gonzalo la guarnicion de Illora, y concurrió al cerco de Granada por Mayo de 1491.

Habia en Granada dos parcialidades, que contribuyeron tanto como el valor de los Christianos para la conquista de aquel Reyno. El Rey Albohacen quiso quitar la vida á su hijo Boabdil, conocido en nuestra historia con

el nombre de Rey Chico : éste no solo evitó la muerte, sino que se levantó con la mitad del Reyno. Favorecia el partido de Albohacen su hermano el Zagal, y habiendo logrado algunas ventajas contra los Christianos, quiso no ser ménos el Rey Chico, y emprendió el sitio de Lucena; mas tan infelizmente, que le venció é hizo prisionero el Conde de Cabra. Puesto despues en libertad, y apartado Albohacen del gobierno, siguió con mayor teson la guerra civil entre el Zagal y su sobrino Boabdil, que por sabia política de los Reyes Católicos recibia algunos socorros christianos para aumentar las parcialidades, y disminuir por este medio las fuerzas Sarracenas. Iba no obstante muy decaido el partido del Rey Chico, que recurriendo por socorros al

Conde de Tendilla, General de esta guerra en ausencia de Fernando, mandó éste á Gonzalo, cuyo valor tenia muy conocido, pasase con tropas á Granada, acompañado de Martin Alarcon Gobernador de Moclin.

Restableció en aquella Ciudad el partido del Rey Chico con dádivas, con persuasiones y con las armas: extendió su dominio conquistando algunos barrios, y ganó muchos parciales permitiéndoles comerciar en las Plazas christianas; pero como siempre quedaba dentro el enemigo, discurrió un estratagema con que arrojarlo fuera ó debilitarlo. Escribió á los Gobernadores de Alhama y Loja fuesen con todas sus fuerzas sobre Alhendin, Plaza poco distante de Granada, y de la parcialidad del Zagal. Este al primer

aviso salió á socorrerla, como Gonzalo habia esperado, y ya retrocedia á la Capital receloso del estratagema, quando le acometieron las tropas de Gonzalo, destrozaron la mayor parte de su gente, y tanto le estrecharon, que apénas pudo volver á la Ciudad con gran trabajo. Entraron tambien en ella los Christianos, y dexando bien restablecido á Boabdil se volvieron á sus Plazas.

En Illora procuraba por todos medios adelantar la conquista, y persuadir con las acciones la suavidad del dominio de los Reyes Católicos. Enviaba sin rescate los Moros que hacia prisioneros, los colmaba de honores y regalos, les hacia muchos partidos ventajosos, y por este medio logró que Aliatar Gobernador de Mondejar le entregase esta Plaza: prendió á Man-

phot, que lo era de Alhendin, y le dió libertad, habiéndole precisado á rendir el pueblo que tenia encomendado; y tanto intimidó con sus amenazas á Abdel Melec, que tambien le entregó la Plaza de Mahala.

En aquel sitio acabó de dar todas las pruebas de su valor, prudencia y magnificencia. La Reyna acudió á los Reales, y habiéndose prendido una noche fuego en su tienda, y reducido todas las ropas y aderezos á cenizas, mandó Gonzalo traer de Illora, donde estaba su esposa, tan magníficas ropas, y en tanta abundancia que admirada Isabel exclamó, que el fuego habia cundido desde los Reales á los cofres de Illora, y que en ellos habia hecho mayor daño que en su tienda. Gonzalo comprehendiendo bien el sentido de la ex-

presion, respondió que por mucho que se hubiera enviado, todo era muy poco para merecer, ser presentado á tan gran Reyna.

Seguia entre tanto el sitio con terca obstinacion, y desesperados esfuerzos de los Moros. El dia 25 de Agosto quiso Doña Isabel acercarse á Granada para gozar de la hermosa vista de aquella Capital. Gonzalo como tenia de costumbre iba de los primeros en la escolta de la Reyna, y habiendo salido en grande número los enemigos, se trabó una sangrienta escaramuza, en que perecieron muchos de los infieles. No contento con lo executado en aquel dia, se ocultó por la noche para dar de improviso sobre los Granadinos que saliesen á recoger los cuerpos muertos. Los infieles ó recelosos ó avisados salieron en gran número, y dieron impetuo-

samente sobre los christianos: su multitud y encono les daban ventajas muy considerables; defendiase no obstante Gonzalo con su valor acostumbrado, pero cercado de los Moros, y muerto ya su caballo, ó hubiera perecido, ó quedado prisionero, si un soldado no le hubiese dado el suyo, con el que pudiese retirarse. A pesar de la valerosa conducta de los sitiados los víveres faltaban en la Plaza, y se estrechaba el cerco sin esperanza del menor alivio. Determinaron por último entregarse, y Jucef-Aben Comija, Alfaqui Mayor de la Ciudad salió á exponer á los Reyes Católicos la voluntad de Boabdil. Gonzalo fué escogido entre aquel florido y numeroso exército para entrar en Granada, y asentar las condiciones de la entrega. Su perfecta inteligencia en

el idioma Arabe, su grande habilidad y prudencia, el conocimiento que tenia con los infieles, el respeto con que estos le miraban, y el dominio que la naturaleza le habia concedido en la voluntad de quantos llegaban á tratarle, fuéron la causa de encomendarle un asunto, que era el fin de todos los afanes y trabajos padecidos en una guerra de ocho años. Hizo su proposicion á Boabdil, y al comun de Granada: volvió á los Reales, y despues de repetidos viages puso de acuerdo á sitiadores y sitiados. El último asiento se tomó en Churriana, á donde fué Gonzalo despues de haber entregado los infieles quatrocientos rehenes. Allí se pusieron por escrito dos tratados, uno con Boabdil, y otro con los Granadinos, ámbos muy racionales y piadosos, al fin como propues-

tos por Gonzalo, y aprobados por los Reyes Católicos, que finalmente se entregaron de Granada en 2 de Enero del año de 1492. Repartiéronse Señoríos y Estados á los que se habian distinguido en esta guerra, y Gonzalo como tan acreedor fué recompensado con el Señorío de una hermosa alquería y muchas tierras dependientes, y no sabré determinar, si fué entónces quando le dieron el de la Tahaa de Orgiba, de Busquitar, y Castil de Ferro, con otros muchos Pueblos de las Alpujarras. Mantúvose despues con los Reyes Católicos disfrutando distinciones muy singulares, y la estimacion de toda la Grandeza. Doña Isabel especialmente le dió las mas sinceras pruebas de su aprecio, y del honor con que lo distinguia entre todos los Señores de la Cor-

te; pues ademas de los servicios hechos á Castilla en la conquista de Granada, encontraba en Gonzalo un genio para todo; porque era diligente en los negocios, festivo en las conversaciones, prudente en los consejos, resuelto en la execucion, cortés y afable sin baxeza, y serio sin arrogancia. La misma Reyna que sabia discernir mejor quizá que el resto de los hombres, los verdaderos talentos, le propuso á su esposo Don Fernando para mandar las armas Españolas en la guerra, que meditaba hacer en Nápoles contra Cárlos VIII. Rey de Francia

Alonso V. de Aragon conquistó aquel Reyno, y lo dexó por testamento á su hijo bastardo Don Fernando, quien exerciendo, ya Rey, su autoridad con rigidez, dió motivo á que muchos

Señores de su Corte recurriesen á la de Francia, y persuadiesen aquel Rey pasase á Nápoles á ponerse en posesion de los derechos que pretendia tener á esta Corona; porque Juana la primera de este nombre habia prohijado en tiempos antiguos á Luis Duque de Anjou, para lograr la proteccion de la Francia contra los que intentaban despojarla de su Reyno. Juana la segunda, hermana de Ladislao Rey de Nápoles casó con Jacques de Borbon Conde de la Marche; pero aborrecida de muchos, y sitiada en su Capital por los Anjoinos recurrió á Alonso V. de Aragon, que la defendió de sus enemigos, y en recompensa fué reconocido sucesor de aquel Reyno por adopcion, en Cortes generales de toda la Corona, y confirmada la adopcion

por los Pontífices Romanos. Alonso se puso en posesion de este derecho con las armas, y reynó en Nápoles hasta su muerte. Sucedióle su hijo bastardo Don Fernando el I., y muerto éste entró á reynar Don Alonso el II., en cuyo tiempo Cárlos VIII. Rey de Francia apoyando su pretension con los antiguos derechos, que cedió á la casa de Francia Cárlos de Anjou, Conde de Mayne, heredero de Luis, pasó á Italia, y casi sin sacar la espada se apoderó de todo el Reyno de Nápoles. Su Rey Alonso á vista del peligro cedió la Corona á Don Fernando su hijo, que coligado con el Papa, con el Emperador, con Fernando el Católico, con Venecia y otros Potentados aspiraba á recobrarlo.

El Rey de Castilla no dudó entregar el mando de las tropas,

que embiaba á Nápoles, al General, que le proponia su esposa: tenia por sí mismo repetidas experiencias de su valor y habilidad. Gonzalo pues se embarcó en Málaga con cinco mil infantes, y seiscientos caballos. Detuvose algun tiempo en Mallorca, á donde le arrojó una tempestad; pero habiendo finalmente desembarcado en Mecina determinó con el Monarca Napolitano pasar al Reyno de Nápoles, cuyos pueblos le llamaban cansados de la violenta dominacion Francesa.

Entre tanto llegó el resto de la armada; y sin perder tiempo batió Gonzalo la Plaza y fortaleza de Regio, y puso á los Franceses en precision de capitular, que sino eran socorridos dentro de ocho dias se entregarian á los sitiadores. Los sitiados abusando de la bondad

del General Español emplearon el tiempo en fortificar el Castillo, y aun tuvieron la osadía de disparar algunos cañonazos contra los Reales de Gonzalo. Este que no deseaba sino ocasiones de manifestar su pericia y el valor de sus soldados, asaltó el Castillo, lo tomó por fuerza, y pasó á cuchillo su pérfida guarnicion. Santa Agatha se le rindió con solo requerirla: aprisionó un Regimiento de Franceses, que se recogia á Seminara, ante cuyas murallas se presentó con su exército, avisó al Gobernador la rindiese, y á sola esta insinuacion se la entregaron.

Cárlos VIII. luego que tuvo noticias de la liga, habia huido de Italia dexando por Virrey de Nápoles á Gilberto de Borbon Señor de Montpensier con seis mil peones, y quatro mil caballos, y

al Señor de Aubeni por Gobernador de la Calabria. Este temeroso de mayores pérdidas salió contra los Españoles, y Gonzalo, que desde su entrada en aquel Reyno se habia dedicado como prudente General á comprehender el arte militar de los enemigos, no teniendo aun el perfecto conocimiento que deseaba, incierto del número de los Franceses, y nada satisfecho de las tropas Sicilianas exhortó con toda su eloqüencia al Rey de Nápoles, no aventurase la batalla. Prevaleció el dictámen de los otros Generales, y la voluntad de Don Fernando, y en conseqüencia vinieron á las manos con los Franceses á una legua de Seminara.

Constaba de quatro mil hombres el exército enemigo; mas eran los del Rey, pero no todos segu-

ros, y peor armados. Al primer choque rompieron los ginetes Españoles á los caballos Franceses, reputados entónces por los mejores de Europa: deshizo Gonzalo con doscientos infantes y doscientas y cincuenta lanzas á los Esguizaros, y sin duda hubiera alcanzado la victoria, á no haber huido los Italianos y las tropas de Sicilia. El Rey intentó en vano detenerlas, y aun lo hubieran hecho prisionero, si Juan Andres Altavila no le hubiese dado su caballo, y comprádole á costa de su vida tiempo para llegar á Seminara, adonde se acogió tambien Gonzalo en buen órden, y sin ser inquietado por los enemigos. No dió lugar á los vencedores para que le sitiasen, como intentaban. Pasó al dia siguiente á Rijoles, y el Rey se fué á Sicilia; desde donde per-

suadido por las sábias representaciones de Gonzalo vino á Nápoles, se entregó de ella, y de otras muchas Ciudades que le llamaban, fastidiadas de la disolucion de los Franceses. El General Español suplia entre tanto con estratagemas la escasez de su gente; porque, como habia aprendido y practicado en las guerras de Granada las artes y zalagardas que usaban mútuamente Castellanos y Granadinos, ponia celadas á los Franceses, trababa freqüentes escaramuzas, ya retrocediendo, ya avanzando, uniendo ó separando las tropas segun el número, el lugar, ú otras circunstancias requerian, y haciendo freqüentes y repentinas excursiones en los Paises enemigos. Apoderóse de Fiumar, de Muro y de Calana: rindióse á su intimacion Bañera, y no pudiendo

alejarse de Rijoles por la desleal inconstancia de sus habitantes, los enfrenó con el castigo de muchos.

Era su principal designio echar á los Franceses de Calabria, é impedir al Señor de Aubeni fuese à socorrer los Castillos de Nápoles, que se mantenian por los Franceses. Sometió muchas Plazas, Villas y Ciudades, ya estrechándolas con cerco, ya intimidándolas con sus amenazas, sirviéndole con infatigable zelo en expediciones tan gloriosas los Capitanes Diego de Arellano, Luis Vera, Pedro de Paz, y Gomez de Solis. Las Plazas de Terranova, Nicastro, Esquilache, Crotoma, y la deliciosa Sibaris, unas por fuerza, otras de su grado se entregaron. Hallábase ya el General Frances mas bien escondido, que retirado en algunas Plazas, lleno de admiracion

por la conducta y valor del General y soldados Españoles; y Gonzalo estaba resuelto á desalojarlo de toda la Calabria, quando recibió un aviso del Rey de Nápoles, que le precisó contra su voluntad á desamparar aquella Provincia, y á marchar á reunirse con el exército del Rey.

El exército Español constaba de tres mil infantes y mil y quinientos caballos: corto número á la verdad para atravesar muchas leguas de paises enemigos, muy poblados de Plazas fuertes, con valles profundísimos, montañas hasta el cielo, bosques espesos, peligros á cada paso, celadas de los Franceses, resistencia de las guarniciones, y acometidas de los naturales de la tierra: añadíase á esto la escasez de víveres, y la imposibilidad de tenerlos, sino arrancándolos de ma-

nos enemigas. Tantos inconvenientes léjos de detener á Gonzalo le determinaron á emprender el viage, no como quien camina evitando los peligros, sino como quien los busca con resolucion de no dexar enemigos á las espaldas. Formó pues la audaz resolucion de ír conquistando como de paso todas las Plazas que se hallaban en poder de los Franceses. Salió de Nicastro, caminó á Cosencia, saqueó, quemó sus arrabales, y dándola tres asaltos en un dia, la tomó por capitulacion: extendióse en el valle regado por el rio Crate, sometió todos sus habitantes, y les recibió el juramento de fidelidad: Renda, Alto-monte, Bisignano se rindieron: Grimaldi se atrevió á hacerle resistencia; pero ordenando sus soldados, aplicaron las escalas, entraron en la Plaza, la sa-

quearon, y la convirtieron en ceniza para escarmiento de los pueblos comarcanos.

Castro-franco y Castro-villar recibieron sus leyes; y sabiendo Gonzalo que una prodigiosa muchedumbre de paisanos de aquellos territorios, parciales de la Francia, se hallaban emboscados en los montes que hay entre aquellos pueblos y el de Morano, adonde caminaba, y que tenian intenciones de sorprehenderlo, dividió á su pequeño exército en tres partes: mandóles extenderse al rededor del monte, y que despues se fuesen recogiendo hácia el centro para coger en medio la emboscada: así lo executaron, é hicieron en aquellos infelices una carnicería tan horrible, que escaparon muy pocos con la vida: jamas, dixo Gonzalo, mas abundante caza. La noti-

cia de ella amedrentó de tal manera á los habitantes de Morano, que se rindieron en el siguiente dia. De allí pasó á tomar á Laino, y á sorprehender en ella los Oficiales Franceses, que con quatro mil hombres intentaban detenerle el paso. Laino es Ciudad bien fortificada: tenia un fuerte castillo, y un puente bien guarnecido, que unia al castillo con la Ciudad. Verisímilmente se debia atacar á aquel, é ir quitando con regularidad las defensas exteriores de la Plaza; pero como Gonzalo medía con su corazon y pericia la dificultad de las expediciones, envió tropas para ganar el puente, miéntras él mismo asaltaba la Ciudad; en la que entró sin resistencia, pues por casualidad ordinaria en los exércitos Franceses no tenia centinelas, ó las tenia durmiendo. Destrozaron

los Españoles quantos enemigos hubieron á las manos: el Comandante Emérico de San Severino salió medio desnudo, y quedó muerto en la refriega: los que quedaron vivos huyeron al castillo; pero dando junto al puente con la otra parte del exército, que previendo esta fuga habia apostado Gonzalo, murieron quantos no fuéron hechos prisioneros.

Con gran número de ellos, y con la expectacion que merecian estas hazañas admiradas en las dos Sicilias, y escuchadas con espanto en toda Europa, entró en el campo de Atella acompañado del Marques de Mantua, del Legado del Papa, y del Rey Don Fernando, que habian salido á recibirle. Estaba en la Ciudad el Duque de Montpensier, y la mayor parte de las tropas Francesas, y así pu-

so el General Español suma diligencia en el sitio, persuadido á que rendida Atella, ponia fin á la guerra. Allí mereció y oyó el renombre de Gran Capitan, con que habian principiado á distinguirle los Moros Granadinos, y confirmaron sus soldados quando se disponia para pasar á Italia. El valor y conducta que manifestó en este sitio, aumentaron estimacion tan extraordinaria, porque deseando manifestar á las diferentes naciones que habian concurrido al exército, el esfuerzo de sus aguerridos Españoles, acometió con ellos un puesto muy fortificado, que guarnecian muchos enemigos para que la Ciudad tuviese agua, y mantuviese comunicacion con los molinos, que proveían de harina á los Franceses: cargólos impetuosamente, los arrojó del puesto,

quemó los molinos, introduciendo de este modo la hambre y desesperacion en la Ciudad, que estrechada tambien con repetidos asaltos, capituló su entrega, aunque encerraba tantas tropas como eran los sitiadores. Convino Montpensier en rendirla con todos los Estados de aquel Reyno, á excepcion de Gaeta, Venosa, Taranto, y de lo que ocupaba Aubiñi en la Calabria, si no eran socorridos dentro de treinta dias. Entregaron á su tiempo los Franceses á Atella y todas las Plazas mandadas por Gobernadores impuestos por Montpensier, y no todas las otras, pretextando no podian precisar á los Comandantes á entregarlas, si no les mostraban órden de Cárlos VIII., que ni habia venido, ni verisímilmente se debia esperar. De esta contravencion se originó la muerte

de Montpensier y de casi todos los Franceses; pues no habiendo cumplido las capitulaciones, fuéron enviados prisioneros á Baya, Puzol, y otras Plazas marítimas mal sanas, donde casi todos perecieron.

De Atella volvió Gonzalo Fernandez á Calabria. El de Aubigni habia vuelto á ganar todas las Plazas que rindió ántes el General Español, porque no quedaron guarnecidas, y aun se apoderó de muchas fuera de los límites de la Calabria. Con este motivo sometió el Gran Capitan á Tito, Calvelo y otros pueblos: quejóse Aubigni, como si el General Español hubiese contravenido al tratado de Atella; pero el hábil General le respondió, que los Franceses habian sido los primeros infractores del tratado, pues se habian apoderado de muchos pueblos, que no

pertenecian á la Provincia que mandaban. Rindió á Manfredonia, y precisó á Aubigni á desamparar todo el país: ganó despues el Condado de Segni, el de Lauria, á Valdelaino, y finalmente toda la Calabria. De allí pasó á Gaeta, que tenia sitiada Don Fadrique Rey de Nápoles, sucesor de Fernando, que habia muerto en Soma en 7 de Octubre de 1496. Pasó por los dominios de los Señores Sanseverinos, sin recibir ni hacerles daño alguno; pero habiendo llegado á Autela, y rehusado sus habitantes darles alojamiento y víveres por su justo precio, y osado tambien insultar y maltratar los Españoles, que para prevenir alojamientos se acercaban á los muros; les intimó Gonzalo, que no siendo su voluntad hacerles daño, lo recibiesen de paz y como amigo. No obtuvo su

peticion por tan suaves medios; y así mandando á las tropas embistiesen la Plaza, la tomaron por asalto, dieron muerte á muchos de sus tercos habitantes, saquearon las casas, arruinaron los muros, y mandó poner el Gran Capitan al Gobernador en una horca. Al dia siguiente de su arrivo á Gaeta se entregó esta fuerte Plaza. De allí salió á someter al Duque de Sora, y á muchos inquietos del Condado de Oliveto; y executándolo todo con suma destreza y diligencia, acabó de sujetar todo el Reyno de Nápoles á su Monarca Don Fadrique, quien quiso manifestarle su reconocimiento con magníficos dones y ricos Estados: no quiso recibir cosa alguna sin el consentimiento de los Reyes de España, con cuyos beneficios, dixo, estaba liberalmente premiado.

A instancias del Pontífice Alexandro VI. y con el permiso de los Reyes Católicos pasó con algunas tropas á sacar el Puerto de Ostia del tiránico poder de un tal Menoldo Guerra, Navarro de nacion, hombre ferozmente guerrero, á quien la habia encomendado con guarnicion Francesa el Rey Cárlos VIII. Cometia desde allí mil insultos robando á quantos subian á Roma por el Tibre. Gonzalo se presentó á la Plaza, y aunque procuró con razones y buen término, como siempre acostumbraba, poner en razon á Menoldo, desesperando reducirle, ordenó que parte de su gente abriese brecha con la artillería, y asaltase lentamente para abocar allí todas las fuerzas de la Plaza, y que las restantes tropas escalasen al mismo tiempo la Ciudad por la parte

opuesta. Ya que asaltaban los primeros, se arrimaron las escalas, subieron los Españoles, destrozaron las guardias, y dividieron las fuerzas que defendian la brecha, pues acudiendo parte de ellas á rechazar la escalada, y no pudiendo resistir á los dos avances, quedaron todos ó muertos, ó prisioneros.

El feroz Menoldo fué uno de éstos. El Gran Capitan partió con todos á Roma, y tuvo con sus aguerridos Españoles la gloria de oir en la capital del mundo los aplausos, que daba en otros tiempos á sus Pompeyos, Césares y Scipiones. El Santo Padre lo recibió con gran magnificencia en el Sacro Palacio; y Gonzalo le presentó á Menoldo, suplicando le perdonase la vida, é igualmente perdonase á los habitantes de Ostia los impuestos por tiempo de

diez años, para que pudiesen restablecerse de los daños padecidos.

En aquella Ciudad dió nuevos exemplos de su christiano zelo, porque siendo notorios los desórdenes de aquella Corte, y los excesos de Alexandro VI., expuso vivamente al Pontífice en audiencia particular los muchos abusos que necesitaban de eficaz reforma: reprehendió la conducta de quien ocupaba tan alta dignidad, y la deshonraba con escándalo: afeó los excesos, y le amenazó con el castigo del cielo, si no remediaba tantos escándalos, y enmendaba su vida. Alexandro, que no esperaba de un soldado semejantes representaciones, quedó tan consternado, que resolvió la enmienda, y sin dexar por esto de estimar á Gonzalo, le premió con ricos dones, le colmó de honores, y le dió la Ro-

sa de oro y un estoque: presentes que se hacian á solo los Monarcas.

Volviendo de Roma se fué á Roca Guillerma, que sitiaba el Rey Don Fadrique. En breve forzó con sangrientos é incesantes avances á que deseasen rendirse los sitiados: admitíalos gustosamente; pero sus tropas bien habituadas al peligro, y poco medrosas de la muerte se amotinaron por entrarla por asalto. Habrian experimentado aquellos infelices defensores el furor de las espadas Españolas, si dentro de dos dias no hubiera llegado el aviso de las treguas que acababa de hacer el Rey Católico con el Christianísimo. El Gran Capitan castigó algunos de los peones que mas se señalaron en motin tan inhumano; y volviendo á Nápoles fué recibido del pueblo, de la

nobleza, y de Fadrique, como restaurador de la paz, del Estado, y de la libertad pública. Creóle el Rey Duque de Sant Angelo, y le asignó dos Ciudades del Abruzo citerior, y siete lugares dependientes; añadiendo que no se podia rehusar esta pequeña soberanía al que era acreedor de una corona. De allí se embarcó á sosegar no pequeñas inquietudes de Sicilia, cuyos naturales estaban alterados contra el Virrey Juan de Lanuza, porque habia cargado éste exôrbitantes tributos sobre el comercio de los granos. Convocó los Estados en Palermo, oyó sus quejas, y hallándolas fundadas, estableció nuevos reglamentos, cuya observancia encomendó con gran severidad al Virrey y dependientes. Dedicóse despues á la recta administracion de justicia, á fortificar las Plazas,

y poner las costas en estado de defensa. De allí volvió al Reyno de Nápoles llamado por el Rey Fadrique, que deseaba sujetar la Ciudad de Diano, poseida por la casa de San Severino, casi la única que se mantenia parcial de los Franceses. Procuró ganarla primeramente por medios suaves; pero como creían que una formidable armada Francesa habia de llegar en breve á aquellas costas, no dieron oido á las proposiciones pacíficas. Volviéronse los ánimos á las armas: se asentaron las baterías, y se acercaron los Españoles á los muros cubiertos con mantas y parapetos movibles. Defendiéronse los sitiados con terquedad; pero no pudiendo resistir á los continuos asaltos de los sitiadores, ya alojados en sus trincheras, se rindieron á discrecion del vencedor.

Esta fué por entónces la última expedicion del Gran Capitan en aquel Reyno. Don Fernando el Católico satisfecho con haber restablecido en él su casa de Aragon lo llamó á España con la mayor parte de sus tropas: fué recibido de los Reyes con muestras de estimacion correspondientes á sus heroycos méritos, expresándole por todos los medios posibles su aprecio y agradecimiento.

Mantúvose dos años en la Corte, y en este tiempo se ofreció la conquista de algunos pueblos de las Alpujarras, que persuadidos querian forzarlos á recibir el bautismo, se rebelaron é intentaban sacudir el yugo Castellano. El Gran Capitan se hallaba por casualidad en Granada, y unido al Conde de Tendilla Capitan General de aquel Reyno, salieron con algu-

nas fuerzas contra Guejar, donde se habian recogido muchos de los infieles. Está asentado aquel pueblo sobre una elevada sierra de estrechas y ásperas subidas: yace al rededor una estendida llanura cortada con canales llamados acequias que sirven para regarla. A la sazon la habian arado los rebeldes con muchas rejas, y soltando despues las aguas empantanaron todo el campo, y lo dexaron hecho un atolladero. Hundianse los peones y caballos, é imposibilitado su manejo tenian oportunidad los infieles prácticos en los caminos y sendas reservadas para acometer, retirarse y volver á embestir con ligereza y sin peligro. Gonzalo animando los Christianos con sus exemplos y palabras pudo acercarse á las murallas; arrimó una escala, subió por ella, y afianzado con la

izquierda en una almena esgrimió la espada con la derecha, dió muerte á un Moro, y fué el primero que entró en Guejar. Imitaron su exemplo los restantes, y pasaron á cuchillo los infieles, á excepcion de los que huyeron á una fortaleza no muy retirada donde se dieron prisioneros. Rindiéronse otras Plazas, pero cundiendo mas y mas la rebelion fué el Rey Católico á Granada; convocó las gentes de Andalucia; tomó por asalto á Lanjaron, y sometia los infieles baxo ciertas condiciones. Debian éstos entregar treinta y dos Moros principales en rehenes, y escogieron para depositarlos á Gonzalo Fernandez, tan venerado de ellos por su humanidad, por su generosidad y valentia, como querido de los Reyes de Castilla. Recompensó el Gran Capitan su confian-

za, porque ademas de tratarlos con suma urbanidad, atento siempre al servicio de Dios y de sus Reyes, logró la conversion de muchos que como principales ganaron á otros con su exemplo. Poco ántes habia abrazado la Religion christiana un moro llamado el Zegri Azaator de la sangre de los Reyes de Granada. Antes de conquistada aquella Capital cobró á Gonzalo sumo afecto, y ahora en el bautismo tomó su mismo nombre en memoria de tan glorioso amigo.

Perseveró en aquel Reyno hasta que el Rey Católico le ordenó segunda vez pasar á Italia; porque sabiendo los progresos que hacia en el Milanesado Luis XII. sucesor de Cárlos VIII., y que tenia designios de conquistar á Nápoles, y tal vez la Sicilia; repar-

tió con el Rey de Nápoles, cediéndole la Capital, el título de Rey y la mitad del Reyno, reservándose para sí la Pulla y la Calabria. Don Fernando tenia derechos muy justificados á todo el Reyno, y como ya lo habia sacado del poder de los Franceses, no quiso entrar en nuevos gastos sin utilidad de su Corona, y determinó ponerse en posesion de una parte de sus derechos.

En 5 de Junio del año de 1500 salió el Gran Capitan del Puerto de Málaga con cinco mil infantes, trescientas lanzas y trescientos caballos en una armada de sesenta Velas. La gloria de militar baxo la conducta de tan famoso Capitan incitó á alistarse en sus banderas mucha nobleza de aquel tiempo, que mal avenida con el descanso y ocio buscaba ocasiones de

adquirir fama, y derramar su sangre en servicio de la Patria. Su hermano Don Alonso le acudió con exôrbitantes sumas de dinero. Embarcáronse famosísimos soldados Españoles, que llenaron de su fama al mundo y de gloria inmortal á su Nacion. Allí concurrió Don Diego de Mendoza hijo del Cardenal Mendoza por Capitan de la gente de armas: el Prior de Mecina con el mismo grado: Capitanes de Infantería Zamudio el que murió en la batalla de Ravena: un Villalba, un Pizarro y el irresistible Garcia de Paredes, Hernando de Alarcon, Antonio Leyva, y otros que obscurecieron con hazañas verdaderas las expediciones fabulosas de los Griegos y el ponderado valor de los Romanos. Hernan Cortés jóven animoso despertó entónces sus espí-

ritus marciales, y sino pasó á Italia á militar como procuró, con Gonzalo Fernandez, fué porque el Cielo le detuvo con una enfermedad, para que añadiese despues á España el nuevo mundo.

En primero de Agosto desembarcó en Mecina, y suplicado por los Venecianos fuese á socorrer sus dominios que iba ganando el Turco Bayaceto, y habia tomado ya por fuerza de armas á Modon y su comarca en la Morea, á Junco y á Coron, salió luego que recibió órden del Rey Católico, el último de Octubre de Mecina, buscó la armada Turca en las costas de Corfú y en las de la Romania. Su fama sola retiró á Constantinopla al Turco Bayaceto, apartó sus esquadras de los dominios Venecianos, y los ahuyentó á invernar al estrecho de Galipoli. En

Zante aguardó á Benito Pesaro con la armada de Venecia, y sin perder tiempo salieron ámbos contra la Isla de Cephalonia que tenia el Turco, y poseyó ántes la República.

Setecientos Turcos y alguna gente de la tierra se acogieron al castillo de San Jorge inexpugnable por su situacion: está fundado sobre una alta roca, áspera, cortada y de muy difícil subida. El Gran Capitan ordenó las estancias tomando para sí y sus Españoles los sitios de mayor peligro. Antes de batir el castillo intimó á su Gobernador Cisdar, Albanes de nacion y Capitan de la Guardia de Cephalonia, lo entregase. Respondió generosamente Cisdar, estaba determinado á morir ó vencer: y que cada uno de sus soldados tenia siete arcos y siete mil

saetas para defenderse; y dada esta respuesta entregó al enviado un fuerte arco y una aljaba dorada que destinaba para regalo del General Español.

La situacion del castillo y el veneno con que enarbolaban los infieles las saetas, retardaron los progresos de los sitiadores, y les mataban los soldados mas valientes. Usaban tambien un horrible instrumento que llamaban Lobo, y era unos garfios de hierro que arrojados desde las murallas, ó despedazaban á los que acometian, ó los subian á las almenas para despeñarlos desde ellas. En 25 de Noviembre se aplicó fuego á diferentes minas: y esta es la primera vez que yo encuentro mencion de ellas en la Historia. Asaltaron con intrepidez los Españoles, pero despues de un sangriento combate fué

necesario retirarlos. El General Veneciano quiso tambien mostrar el valor de sus soldados, pero fué en vano el asalto, y muertos muchos de los que acometieron. Mandó hacer el Gran Capitan muy altas puentes de madera: y disparadas otras minas que habia abierto Pedro Navarro, ordenó embistiesen los Españoles, que haciendo escalas con los cadáveres de sus compañeros subieron al muro, é hicieron retirar á los infieles. Arrimaron al mismo tiempo las puentes por otra parte, y subiendo los que para este efecto estaban destinados, tomaron el castillo, y pasaron la guarnicion á cuchillo.

Impidió la alegría de tan señalada victoria la noticia de la muerte de su hermano acaecida en Sierra Bermeja á manos de los Moos, y la cruel hambre que aniqui-

laba á sus tropas. El mar alborotado no permitia á los proveedores Venecianos la conduccion de víveres, y la escasez de la Isla no franqueaba el mas corto remedio. Despues de consumidos muchos caballos y otros animales, y todo género de yerbas que ocasionaron violentísimos colícos, determinó embarcar su gente juzgando era mas glorioso morir entre las ondas procurando salvar la vida, que perecer de hambre. La misma tempestad que los detenia, arrojó á aquellas costas un Navío cargado de varios frutos, con los que pudo ir manteniendo las tropas ya reducidas á la última miseria, y descubriéndose al mismo tiempo algun trigo en las Galeras mandó hacer molinos de mano, formó cedazos de las tocas de algunas mugeres, fabricó hornos que cocie-

ron el pan, y con este socorro pudo aguardar tiempo favorable para volverse á Sicilia.

Venecia agradecida por la conquista de la Isla le concedió el honor de noble Veneciano. El General Pesaro le dió en nombre de su República gracias por su socorro, le regaló muchos vasos de oro y plata, granas, tafetanes, diez caballos de Francia y diez mil escudos de oro. Gonzalo con su natural liberalidad repartió el dinero entre los soldados, los vasos y otras piezas entre los Oficiales, reservando solos quatro vasos de magnitud extraordinaria en memoria de la expedicion y de la magnificencia de los Venecianos.

Luego que volvió á Sicilia, se aprestó para estorbar á los Franceses ya dueños del Milanesado la conquista de Nápoles. Las órde-

nes que su Corte le habia comunicado, miraban á la defensa de Fadrique, pero habiendo recibido otras en Sicilia para que en consequencia del tratado de particion hiciese la guerra á aquel Monarca, nombrándolo al mismo tiempo Virrey y Comandante de la Calabria, envió un Gentil hombre para excusarse con el Rey Fadrique y renunciar los Estados que liberalmente le habia dado. No admitió el Rey esta renuncia, y el Gran Capitan saliendo del Puerto de Melazao el 3 de Julio con trescientas lanzas, otros tantos caballos y quatro mil seiscientos infantes arribó el dia 5 á Troppea, é inmediatamente se le entregaron quince Ciudades y Villas con sus castillos. La Calabria ulterior siguió este exemplo á excepcion de Santa Agatha y Gieraci que fué-

ron tomadas por fuerza: la citerior imitó la primera, y Cosencia teniendo en su recinto muchos parciales de la Francia experimentó la misma suerte que Santa Agatha y Gieraci.

Previendo con su profunda perspicacia que presto seria menester venir á las manos con los Franceses, porque no satisfechos con su parte comenzaban á invadir la del Rey Católico, envió al Capitan Iñigo Lopez de Ayala para que traxese de Nápoles todos los Españoles que habian tomado las armas á favor de Don Fadrique. Este infeliz Monarca despojado tambien de la otra parte de su Reyno vendió á Luis XII. las pocas Plazas que le quedaban, y los derechos de la mitad del Reyno que ya tenia el Frances. Mandó tambien Gonzalo viniesen de Sicilia quatro-

cientas lanzas : ganó los Colonas al partido de su Rey , y procuró por quantos medios le dictaba su prudencia , conciliarse el amor y respeto de nobles y plebeyos. Determinó despues apoderarse de Manfredonia y de Taranto que deseaban los Franceses traer á su partido. Sitió la primera , y despues de abiertas muchas brechas solicitó y logró que los sitiados se entregasen con la condicion de unirse á las tropas Castellanas.

Cercó luego á Taranto donde se habia encerrado con las mejores tropas el heredero de Fadrique Don Fernando Duque de Calabria. Taranto está fundada en una Isleta unida á la tierra firme con dos puentes y muy fortificada por esta parte. Por la del mar la cubren gruesas y empinadas rocas que impiden el acceso de las ar-

madas navales. Su guarnicion constaba de seis mil hombres; y Gonzalo tenia en su campo solos doce mil. Ya á vista de la Plaza estuvo muy preplexo si la embestiria con rigoroso sitio, ó con bloqueo. Sacólo de estas dudas la inesperada proposicion que le hizo el Gobernador de la Plaza, únicamente deseoso de conservar la libertad del Duque Don Fernando. Pidió seis meses de treguas con el fin de saber en este tiempo la voluntad de Don Fadrique: que cumplido el término le entregarian la Plaza como dexase en entera libertad al Duque de Calabria. Gonzalo que comprehendia, se necesitaba mas tiempo para rendir á Taranto aunque no se dexasen las armas de la mano, oyó gustoso la proposicion, reduxo el término á quatro meses, y permitió á los si-

tiados formasen las capitulaciones á su gusto, y aun juró, como pidieron, á vista de los dos campos poniendo sus manos sobre el sacrosanto Cuerpo de Jesuchristo, darles perfecto cumplimiento.

De este modo excusó el derramamiento de sangre de su gente; pero muy en breve le dió ésta una recompensa agena de su heroycidad, y muy contraria al amor que profesaban á Gonzalo. Las pagas de las tropas estuvieron en todas las operaciones que dirigió el Gran Capitan, sumamente atrasadas, y es dificil de resolver en qué ocasiones fué mayor; quando apaciguaba sus soldados rabiosos con la hambre, ó quando vencia sus enemigos. Sucedió pues que en una de aquellas extremas indigencias arrojó una tormenta á las costas de Calabria una esquadra Francesa,

que habia salido á conquistar de los Turcos la Isla de Mitilene. Los Turcos en una vigorosa salida atacaron á los sitiadores, los destrozaron, y les precisaron á huir con ignominia á sus navíos. Los vientos y borrascas añadieron á éste otros trabajos, y por último llegó la esquadra y otros muchos navíos sin víveres, sin ropas, sin alientos á las costas de Calabria.

Gonzalo que supo tan triste situacion, esforzó su generosidad y diligencia, y envió á los Franceses en abundancia víveres y refrescos, licores, ropas, tapices, bagillas de plata, y toda suerte de regalos. Esta accion, que llenó de admiracion á los Franceses, movió la indignacion de los soldados. Vituperaban su liberalidad como cruel é intempestiva, y creciendo rápidamente el rumor, las quejas y las vo-

ces, pararon éstas en un audaz motin. Presentáronse las tropas ordenadas en batalla pidiendo las pagas con atrevimiento y desvergüenza: el Gran Capitan acudió á movimiento tan inesperado, y procurando sosegarlos, un soldado hizo ademan de herirle con la lanza, y le asestó la punta al pecho; pero sin manifestar la mas leve inmutacion, y procurando disminuir tan enorme exceso por un medio que mantuviese su autoridad, y lo librase de aquel riesgo, sujetó la lanza con la mano izquierda, y dixo sonriéndose al soldado: cuidado camarada no me hiera, queriendo jugar con estas armas. Un Capitan Vizcayno llamado Hisiar tuvo la insolencia de responderle, quando hacia presente al exército los pocos socorros que recibia: si hay falta de dineros, comercia con tu hija, y po-

drás satisfacernos (Acompañábale su hija comunmente en las campañas). No refiere la historia que castigase el atrevimiento del soldado; la hambre ó su baxeza podrian excusarlo; pero el infame Capitan, que en todas circunstancias debia contribuir á sosegar los amotinados, amaneció colgado en una horca á la mañana siguiente á vista de todo el exército.

No se apaciguó del todo el movimiento, y amenazaban las tropas se pasarian á servir al Duque de Valentinois César Borja, que hacia gente para apoderarse del Boloñés y Ducado de Urbino; pero habiendo llegado á aquellas costas un navío Veneciano, lo apresaron otros Españoles con el pretexto de que llevaba hierro á los Turcos enemigos del nombre christiano, y con su dinero se pagó al exército;

y como el Gran Capitan se habia valido de aquel arbitrio forzado por la necesidad, mandó pagar despues á los Venecianos las pérdidas que habian tenido.

Dió cuenta al Rey Católico de las capitulaciones de Taranto, que desechadas en órden á la libertad del Duque de Calabria, se vió Gonzalo en la triste precision de no cumplir su promesa y juramento. Quedó no obstante ilesa su sinceridad, pues si no se executaron los capítulos, no fué porque Gonzalo no lo hubiese procurado, sino porque un mandato superior, al que estaba obligado á obedecer, y al que habia jurado se conformaria en todo, lo precisó á no cumplir el juramento que posteriormente habia hecho. Quiso no obstante mantener indemne su reputacion aun con los espíritus groseros; y así procuró por

medio de la Reyna viuda de Don Alonso persuadir al Duque de Calabria se pasase á España ; y tanto se esforzó esta Princesa que sacó una carta de aquel infeliz Príncipe, en la que suplicaba á Gonzalo , le enviase á aquel Reyno ; y que no atendiese á otras peticiones contrarias, que podria hacer instigado por su padre Don Fadrique. En conseqüencia algunos meses despues de la entrega de Taranto vino y fué recibido en España con el honor correspondiente.

Así quedaron la Pulla y las Calabrias sujetas á la corona de España , que en breve entró á poseer con justificados motivos la otra parte del Reyno, que los Franceses poseían. Por el tratado de reparticion debian los Españoles apoderarse de las Calabrias y la Pulla: esta última comprehendia segun la

division moderna hecha por el Rey de Nápoles Don Fernando la Basilicata y la Capitanata, que en tiempos antiguos pertenecieron al Abruzo, Provincia que habia caido en la parte de los Franceses. Estos intentaban apoderarse de ella, rehusábanlo los Españoles, y cada qual alegaba sus razones y motivos.

El Duque de Nemours General de los primeros tenia quince mil hombres de tropas escogidas, y con muy buenos Oficiales. El Español no tenia la mitad de aquel exército, y aunque conocia las intenciones de sus confederados, sufrió con disimulo tomasen algunos pueblos de su Provincia; pero irritado de sus procederes, y resuelto á recobrarlos envió un Capitan al de Nemours, para que mandase evacuar las dos Provincias. Abocáronse despues para componer ami-

gablemente las diferencias, pero quedando siempre con la misma duda, escribieron á los Soberanos respectivos para que las resolviesen.

Sin perder tiempo destacó el Gran Capitan al Comendador Juan de Ribera, quien se apoderó de muchas Plazas, que Juan Bautista Marsan habia tomado. Francisco Sanchez reforzó otras de la Pulla, arrojó á los Franceses de Matera, y recobró los pueblos comarcanos. Envió á Don Diego de Mendoza con mil y quinientos infantes, y quinientas lanzas para defender la Capitanata contra el Señor de Alegre, y viéndose él mismo sin suficiente exército para enfrenar los enemigos se retiró á Barleta con las mejores tropas, por ser Plaza muy fuerte, y en disposicion de recibir socorros de Sicilia. Volvió á conferenciar con el Duque de

Nemours en una ermita de San Antonio á igual distancia de Atela y Melfi; pero ni en esta ocasion se pudieron ajustar las diferencias, y así mandó al Capitan Escalada ocupase á Tripalda; y porque los enemigos formaron empeño de ganarla, la reforzó con algunos caballos y mil quinientos infantes.

Recibió socorros de tropas y dineros; pero quedando aun inferior en fuerzas á los enemigos pidió al Rey Católico dos mil Gallegos y Asturianos, y sabiendo que Viselo habia levantado bandera por los Franceses, juzgó que su atrevimiento era digno de un exemplar castigo para mantener en su obligacion á las restantes Plazas, y en conseqüencia envió á Luis Feyxoo contra ella, quien la entró por fuerza, la dió al saco, y últimamente la entregó á las llamas. Aqui-

la y otras cinco Ciudades del Abruzo enviaron Diputados á Gonzalo ofreciéndose á la obediencia del Rey Católico; pero como no tenia fuerzas para guarnecerlas, les agradeció sus intenciones, y les dió esperanzas de cumplirlas en tiempo mas oportuno.

El de Nemours sabidor del corto número de gente que tenia el Gran Capitan, vino á buscarle con quatro mil infantes y tres mil caballos á las mismas inmediaciones de Barleta. Al punto salió ordenado en batalla el exército Español á recibirlo, y le embistió tan impetuosamente la caballería, que desordenó á la enemiga, la hizo retroceder, y aprisionó mas de cien caballos ligeros.

Comprehendió el Frances que para conquistar la Capitanata era necesario meter mas la guerra en

los dominios Españoles, y apoderarse de Taranto. Penetrando Gonzalo sus designios envió á Pedro Navarro, para que uniéndose al Capitan Luis de Herrera defendiesen aquella Plaza. En vano la sitiaron y combatieron los Franceses, porque habiendo venido muchos socorros Españoles á Calabria, se vieron los primeros necesitados á levantar el cerco, y á retirarse á Canosa despues de haber tomado por el camino algunos pueblos.

Entretanto se esforzaba el Gran Capitan en animar sus gentes, adiestrarlas con freqüentes correrías en las tierras enemigas, disipar con nuevas expediciones las quejas que de la falta de mantenimientos se originaban, y en infundirles un espíritu generoso, y grande estimacion de su nacion. Supo que los

Franceses habian notado su caballería de poco firme en los combates, y mas propia para escaramuzas y celadas, que para pelear á pie firme; y exponiendo esta nota los inflamó en deseos de hacer campo con los enemigos, y entrar en desafio igual número de caballeros de una y otra parte. En 27 de Septiembre de 1502 entraron en la lid (determinada por el Ministro de Venecia) una hora ántes que los Frances, el Capitan Diego García de Paredes, Diego de Vera, Jorge Diaz, Martin Tuesta, Moreno, Olivan, Segura, Arévalo, Aguilera, Pivar y Oñate. El Gran Capitan les habia tenido ántes un razonamiento vehemente, haciéndoles presente estaba cometido á su valor el nombre y fama de todos los Españoles; era el esfuerzo en la pelea el vencimiento de sus

enemigos. Para ponerlos á cubierto de qualquier insulto, dexó en Barleta á Don Diego de Mendoza con algunas tropas, y se acercó con las restantes al campo señalado, donde trabada la pelea murió un Frances, quedaron tres prisioneros, nueve heridos, y muertos nueve de sus caballos: rindióse un Español, otros dos fuéron heridos, y de los caballos murieron tres. Esta ventaja habria sido victoria, si una casualidad inesperada no hubiese favorecido á los Franceses. Los caballos Españoles espantados con las bestias muertas rehusaban acometer por aquella parte donde yacian tendidas. Los Franceses advertidos de esta repugnancia formaron un parapeto con los caballos muertos, y peleando por no ser vencidos dilataron el combate hasta bien en-

trada la noche. En conclusion los Españoles por sentencia de los Jueces mostraron mas valor y esfuerzo que los enemigos, y éstos mas constancia y sufrimiento.

No quedó muy satisfecho Gonzalo del valor de sus soldados; y así deseaba ocasiones en que quedase claramente la victoria de su parte. Con este designio persuadió á García de Paredes desafiase á un Frances de grado y calidad sobrenombrado Tormento, quien por no haber acudido á pagarle su rescate el Conde de Matera Italiano, y partidario de los Españoles, habia escrito una injuriosa carta contra estas dos naciones. García aguardó todo un dia al Caballero Frances, que aunque aceptó el desafio, no se atrevió á medir las armas.

Manteníase entretanto Gonza-

lo sobre la defensiva por ser muy diminuto el número de sus tropas; pero habiendo dividido su campo los Franceses, y pasado Mr. de Aubigni á la Calabria, adonde llegaban freqüentes socorros á los Españoles, y fuéron iguales las pérdidas y ventajas de los dos partidos, envió varios Capitanes por los paises inmediatos, que tomaron algunas Plazas y convoyes. El Capitan Arriaran se apoderó de Toja; Francisco Sanchez y Pizarro salieron á buscar ganado para socorrer la hambre de los Españoles. Todos los dias se trababan sangrientas escaramuzas y combates; pagando ordinariamente la enemistad de las dos naciones los tristes ganaderos, que amargamente se quejaron al Duque de Nemours, y amenazaron retirarse á lugares mas remotos para poner en salvo sus cau-

dales. El Duque salió con todo su campo de Canosa, y cañoneó el puente del Ofanto, tres millas distante de Barleta, y por el que pasaban los Españoles á hacer las correrías. Acudió Gonzalo á dar batalla á los Franceses, á los que envió un trompeta rogándoles le aguardasen; y que si no juzgaban conveniente aguardar con todo el campo, saliese el General Frances á pelear con el Español. Excusó aquel la batalla con lo adelantado del dia: que habria otras ocasiones, y que no rehusaba el desafio, como se acercasen los Españoles á Canosa tanto como se habian acercado los Franceses á Barleta.

Gonzalo, que no necesitaba tanto para buscar los enemigos, salió con todas sus fuerzas luego al otro dia, y habiéndose emboscado milla y media de Canosa, des-

tacó doscientos caballos ligeros, que apresaron mas de treinta mil cabezas de ganado : aguardó al de Nemours que temeroso de la celada se mantuvo en Canosa, y el Gran Capitan se volvió á Barleta, desde donde envió al Capitan Arriaran á tomar la Villa de San Juan Redondo, como lo executó aprisionando la guarnicion. Echó voz poco tiempo despues, que sesenta caballos Españoles habian de traer veinte mil ducados de la Villa de Trani. La codicia movió á Mr. de la Motte á disponer una emboscada con sesenta hombres de armas y cincuenta caballos ligeros para apoderarse del dinero que no habia. Gonzalo que esparció aquella voz con ánimo de sorprehender á los Franceses que verisimilmente saldrian á hacer la presa, se ocultó con algunos Españoles, y lue-

go que vió trabada la pelea entre los dos partidos, acudió prontamente, é hizo prisioneros casi todos los enemigos. Su Capitan la Motte dió motivo con su arrogancia y menosprecios á otro combate entre trece Italianos y otros tantos Franceses, en el que quedaron los primeros vencedores.

Pero tan pequeñas ventajas no sacaban al campo de Barleta de la extrema necesidad que padecia: los caballos se mantenian con pámpanos y sarmientos, y aun era menester venir á las manos con los enemigos para hacer forrage tan extraordinario. Los socorros que podian venir de Sicilia, lo estorbaban las Galeras Francesas que recorrian las costas. Ocurrió á este daño Gonzalo ordenando al Capitan Lezcano las contuviese, y en efecto apresó la mayor parte. Acu-

dieron por su órden Navarro y Luis de Herrera á Castellaneta, cuyos habitantes ganados por el General Español prendieron la guarnicion Francesa, y levantaron bandera por España.

Irritado el Frances marchó contra esta Plaza para tomar satisfaccion de la injuria recibida: y Gonzalo para satisfacerse anticipadamente salió de su campo dos horas despues de noche, y fué sobre Ruvo Plaza fuerte, bien defendida y guarnecida con quatro mil hombres de tropas escogidas y mandados por Mr. de la Paliza ya famoso por algunas hazañas, y mucho mas por las que despues executó. Al ser de dia despues de haber caminado seis leguas comenzaron los Españoles á batir el muro, y derribado en parte dieron el asalto. Su mismo General se metió en-

tre ellos para mas animarlos contra la incesante lluvia de piedras, de maderos y de flechas que disparaban los Franceses: su exemplo no ménos que sus palabras, les doblaba el valor y la constancia, y con esta despues de un continuo combate de siete horas fué entrada la Plaza, conquistadas las calles, poco despues reducido el castillo, hecho un botin considerable, aprisionados el Comandante, el heredero del Duque de Saboya, toda la guarnicion, mil caballos, y recogida gran suma de joyas, ropas y dinero. Repartió con generosidad tan quantiosa presa entre sus invictos Españoles. A la gente de la Plaza la trató con suma humanidad: á los hombres dió libertad satisfecho con un leve rescate: á las mugeres las trató con la mayor decencia, y las libertó de los

insultos militares, las llevó á Barleta y las volvió á Ruvo sin rescate. Con mas severidad se portó con los Franceses, pues habiendo faltado su General en varias ocasiones á los artículos asentados entre los exércitos sobre el cange de los prisioneros, envió Gonzalo los de Ruvo á remar en las Galeras; respondiendo á los que notaban de cruel esta resolucion, que habiendo tomado la Plaza por asalto podia á su arbitrio quitarles la vida, y que era beneficio quanto no era darles muerte.

Declarábase abiertamente la fortuna por los Españoles: Navarro y Herrera tomaron á Chera, las Grutallas, Asta y Francavila: llegó en abundancia trigo de Sicilia, con el que remedió la extrema necesidad de sus soldados; porque como se aumentó la gente con los prisio-

neros de Ruvo, y con dos mil Alemanes que habia permitido el Emperador levantar en Alemania, se aumentó tambien la hambre. Rehusó no obstante el rescate ofrecido por el Duque de Nemours por los Franceses, satisfaciendo á sus instancias con que no intentaba dominar el oro sino las personas. Del trigo hizo tres partes: la una para los Ciudadanos de Barleta afligidos con una terrible peste; la segunda para sus tropas, y el resto para las guarniciones de las Plazas convecinas.

Resolvió finalmente dexar á aquella Ciudad y sus contornos, donde habia dado inimitables exemplos de constancia en los siete meses que se mantuvo en ellos: llamó de Terranova á Navarro y Herrera para salir contra los enemigos; y avisó al de Nemours de-

xaba ya á Barleta. Preguntó como solia á sus Oficiales, si seria mas conveniente buscar el exército Frances, ó conquistar la Cirinola distante diez y siete millas del lugar donde paró en su primera marcha. Determinado el sitio de esta Plaza emprendió el mas trabajoso camino que han hecho tropas; porque ademas de ser muy seco el tiempo y estar el sol muy picante, no se encontraba un árbol en aquellas dilatadas campiñas que con su sombra fuese de algun alivio; ni se hallaba agua sino poca, con gran trabajo, mala y en pozos muy profundos. Cansadas las tropas y vencidas del camino, del calor y de la sed rabiosa se tiraban al suelo, y esperaban la muerte.

Está edificada Cirinola sobre un cerro que va poco á poco levantándose en medio de unas llanuras es-

paciosas. La cuesta está plantada de viñas, y al principio de ellas habia una zanja que las rodeaba y defendia. Allí puso su gente Gonzalo ordenando al mismo tiempo ahondar y ensanchar mas la zanja, para detener é inutilizar la arremetida de los enemigos, que habiendo sabido no léjos de Canosa la marcha de los Españoles, caminaron resueltos á darles la batalla en las llanuras mencionadas ó en las inmediaciones de la Cirinola. Picaron su retaguardia mucho tiempo, y apénas le dieron lugar para formar sus haces en batalla. Traian ordenadas las suyas, y en ellas mas de seis mil infantes y dos mil caballos: el Gran Capitan tenia contados mil quinientos hombres que se quedaron en los pozos, mil quinientos de los primeros y mil quinientos de los segun-

dos, que formados segun la necesidad del tiempo recibieron con gran valor á los Franceses haciendo en ellos un sangriento destrozo la primera descarga de la artillería. Eran trece los cañones de cada exército, pero aun este corto alivio quiso inutilizar la fortuna á los Españoles, para mostrarse despues mas favorable. Por casualidad se pegó fuego á la pólvora, y el Gran Capitan con una prontitud que no la enseñan los preceptos militares, y es solo efecto de la naturaleza, temiendo no cayesen de ánimo sus tropas; buen ánimo, les dice, que estas son las luminarias de nuestra victoria. En efecto los Españoles se defendieron tan vigorosamente, que por muchas instancias que hicieron los enemigos, jamas pudieron pasar el foso que separaba los campos; y adelantándose Garcia de

Paredes con parte de su gente despues de un combate porfiado y sangriento derrotó la vanguardia Francesa. Allí murió el Duque de Nemours, allí tambien el Señor de la Chandenier, que la mandaban: huyen los enemigos, y siempre acosados por los Españoles se meten por el flanco de su infantería ya muy estrechada por los Capitanes Pizarro, Zamudio y el Coronel Villalba. Arremetió á la sazon con todas las fuerzas Gonzalo Fernandez, y acabó de poner en universal desórden todo el campo enemigo, que huyó perseguido por espacio de seis millas la via de Canosa, dexando muertos mas de quatro mil hombres, mas de quinientos prisioneros, perdida toda la artillería, las banderas, todo el bagage y prevenciones, con tan pequeña pérdida de los Españoles,

que algunos historiadores numeran solo nueve muertos, y otros, ciento.

A la mañana siguiente registró Gonzalo todo el campo, y hallando entre los muertos al Duque de Nemours desnudo y despojado, se detuvo un rato clavada la vista en el cadáver considerando y compadeciéndose de fin tan lamentable. Mandó le llevasen á Barleta con el honor correspondiente, y que lo enterrasen en un magnífico sepulcro sellado con un honorífico epitafio.

Esta victoria le sometió á Cirinola, y casi todas las Plazas convecinas. Garcia de Paredes, que cenó y descansó en las mismas tiendas prevenidas junto á Canosa para los Franceses, tomó por combate esta Plaza y su castillo: Pedro de Paz á Capua, y el Prín-

cipe de Melfi enemigo y herido en la batalla entregó esta Ciudad. Añadieron nueva alegría las noticias de otra victoria que habian alcanzado las armas Españolas en Seminara contra el Señor Aubigni. Luis Portocarrero Señor de Palma y cuñado de Gonzalo habia traido de España tres mil infantes, trescientos cincuenta hombres de armas y quatrocientos caballos ligeros. Don Fernando Andrade entró á mandarlos por muerte de Portocarrero, y unido á las tropas que gobernaban en Calabria Don Hugo y Don Juan de Cardona, Antonio Leiva y Manuel Benavides, restauraron el honor que perdieron en aquel mismo campo las armas Españolas, rindieron despues la roca de Anguitola, tomaron á Aubigni prisionero, sometieron á Toya, y aseguraron enteramen-

te las Calabrias á los Reyes Católicos.

Manteniase Nápoles por los Franceses, y el Señor de Alegre, que se acogió á ella despues de la derrota de la Cirinola, luego que conoció caminaba á la capital el General Español, se retiró á Gaeta dexando bien guarnecidos y provistos los castillos Nuevo y del Ovo. Siguiéronle los dos Capitanes Españoles con designios de aprehenderle para acabar de vencer, ó someter los cabos Franceses; pero el de Alegre habiendo entrado en aquella fuerte Plaza frustró sus intenciones; se dispuso para la defensa, y procuró levantar gente para oponerse á los enemigos, y animar á los Franceses sumamente decaidos. Gonzalo para impedirlo en los principios destacó contra él tres mil hombres capitaneados por

el Duque de Termes y Próspero Colona. Entre tanto recibió en el bosque de Gangelo doce Diputados de la Ciudad de Nápoles, que venian á prestar obediencia al Rey Católico, como se les jurase la observancia de sus leyes y privilegios, segun acostumbraban jurarlos los Reyes de la Casa de Aragon. Los confirmó pues, y juró en nombre de Don Fernando, y pasando tres dias despues á la capital, fué recibido con gran pompa, universal aclamacion, y extraordinario regocijo de todos los estados. Aplicóse inmediatamente á poner en órden y buen gobierno la Ciudad; á ganar con su afabilidad los descontentos, los quejosos, los enemigos; á quitar todas las raices de desabrimientos y rencillas, y á someter por todos medios los pueblos que estaban por la Fran-

cia. Al Marques del Gasto encomendó la conquista del castillo de Salerno; á Pedro Navarro y á Diego de Vera la de los castillos Nuevo y del Ovo. Envió á Garcia de Paredes á impedir que los enemigos ya reforzados con tres mil hombres se apoderasen de San German, cuyo castillo combatió y tomó con otros muchos pueblos comarcanos.

Luego que las minas del castillo Nuevo reventaron, é hicieron brecha en las murallas de la Ciudadela, mandó el Gran Capitan dar el asalto. Acometieron los Españoles por entre mil peligros, y retirándose los enemigos al castillo, los persiguieron hasta el puente levadizo, que procuraron levantar doce Franceses; pero habiendo llegado Pedro Navarro y Ocampo, entraron mezclados Españoles y

Franceses. En el otro puente, que mira al jardin llamado Paraiso, era igual el furor de ámbos partidos. Ya comenzaban á levantarlo los sitiados, quando llegó Pelaez Berrio Page de Gonzalo Fernandez, y asiendo con la mano izquierda del puente, colgado en el aire cortó con la espada las cuerdas de ámbos cabos, y cayendo al mismo tiempo con el puente, entró solo por él, y murió oprimido de muchos golpes enemigos. Seguian los Españoles, pero disparado un cañonazo del castillo dió muerte á muchos, é hizo retroceder á los restantes. Olvidado entónces Gonzalo de que era General, avanzó el primero hiriendo en los Franceses, y acometiendo los soldados á su exemplo superan el mismo puente, entran el castillo por asalto y pasan á cuchillo la

mayor parte de la guarnicion.

En él tenian sus haberes y dineros los Franceses, sus mercaderes y parciales: bagillas, caxas de mucho valor, telas, paños, y quanto en los años pasados recogieron en sus dominios de Nápoles. Todo fué presa de los soldados vencedores; pero como algunos de ellos no tuvieron parte en ella, comenzaron á quejarse amargamente: Venced con mi liberalidad vuestra fortuna, les dixo Gonzalo, dad á saco mi casa. En efecto vuelven los soldados, agrégase el codicioso populacho, entran la casa, y se llevaron hasta la tapicería.

La misma tarde del dia en que se tomó el castillo nuevo, llegó una armada Francesa con mil y quinientos hombres de socorro; pero hallándolo en manos enemigas se retiró á Gaeta, y Gonzalo re-

partió su gente para acabar de someter los pueblos que estaban por la Francia. A Diego de Arellano le envió contra Venosa; á Fabricio Colona contra el Abruzo, donde rindió la Ciudad de Aguila, y casi toda la Provincia; á Pedro Navarro mandó estrechase el castillo del Ovo; encomendó el gobierno del nuevo á Nuño de Ocampo; y habiéndole venido algunos socorros de dineros y trigo con que apaciguó las quejas y hambre de sus tropas, fué á sitiar á Gaeta. Allí se habian acogido el Señor de Alegre con quatro mil Franceses, y prodigioso número de Señores Anjoinos, acérrimos parciales de la Francia. García de Paredes desalojó quinientos enemigos de un estrecho pasage que llamaban los Fratres; y marchando todo el exército contra Roca

Guillerma, huyó la guarnicion, y quedó el pueblo por los Españoles.

Unióse poco despues á Gonzalo Pedro Navarro, que dexaba ganado el castillo del Ovo, y llegando á Gaeta se batieron sin interrupcion ocho dias sus muros. Ya se ordenaban las tropas para dar el asalto, resueltos Capitanes y soldados á morir ó apoderarse, quando supo Gonzalo que los sitiados tenian noticias de todas las disposiciones de su campo, y estaban prevenidos para hacer extraordinaria resistencia. Volvióse á sus estancias con el lastimoso sentimiento de dexar muerto de una bala del cañon enemigo á Don Hugo de Cardona; y aquel invicto ánimo que despreciaba alegremente su vida en las batallas, no pudo rehusar las lágrimas á su valeroso amigo. Llegó en el mismo tiempo

á Gaeta el Marques de Salutces con cinco mil hombres de socorro, que precedian al arribo del numeroso exército, que enviaba el Rey Luis de Francia extremamente irritado por no haber tenido cumplimiento el tratado, que sobre las pretensiones de Nápoles concluyó en Leon con el Archiduque yerno del Rey Católico, Felipe el Hermoso, que como no habia trabajado en la conquista de aquel Reyno, dispuso de él muy á voluntad del Rey de Francia, y contra las instrucciones de su suegro.

Gonzalo retirô sus reales á Mola distante quatro millas de Gaeta, cuya guarnicion rechazó personalmente hasta la Plaza, de donde habia salido contra su retaguardia. Enfrenó las correrías de los enemigos por medio de García de Pa-

redes, y envió á Pedro Navarro á socorrer quatro Españoles sitiados en el castillo de Roca Guillerma; pues la restante guarnicion se hallaba presa por traycion de los vecinos, que habian llamado y recibido á los Franceses, quienes habiéndose retirado al arribo de los Españoles, sufrieron aquellos el castigo merecido.

Por el mismo tiempo murió Alexandro VI., y como el exército Frances se adelantó hácia Roma para precisar á los Cardenales eligiesen al Cardenal de Amboise en Romano Pontífice, Gonzalo destacó algunas tropas para enfrenar las ambiciosas intenciones de los enemigos, y cuidar que la eleccion se hiciese con la libertad necesaria. Muchos Capitanes y soldados que se hallaban en aquella capital y sus Estados, y habian ser-

vido en las expediciones del Duque César Borgia, se unieron á Gonzalo, luego que murió el Pontífice Alexandro: Francisco de Roxas Embaxador en Roma envió mil infantes y mas de cien caballos; refuerzos sumamente necesarios para resistir á los Franceses, que en número de treinta y dos mil hombres marchaban hácia el Reyno de Nápoles. Entretanto unió Gonzalo sus tropas, y tomó por asalto casi á vista del exército enemigo el castillo de Montecasino, en cuyo avance mostró no ménos valor que piedad y religion en el saqueo; pues habiéndolo ofrecido á sus soldados, quisieron éstos extender sus manos hasta los adornos de la Iglesia. No fuéron bastantes las voces, las súplicas, las amenazas del General á detenerlos, y así fué necesario echar mano á

la espada para contener la codicia del soldado, y apartarlo de tan sagrada y venerable presa. Acercóse despues á los Franceses: metió mas guarnicion en Roca seca, que mandó sitiar inútilmente el General Frances Marques de Mantua; y sabiendo que éste habia creido rehusaban los Españoles venir á las manos, porque no los habian seguido impedidos por las muchas lluvias, se presentó á él formado en batalla con cinco mil infantes, seiscientas lanzas, y mil quinientos caballos.

Retrocedieron los Franceses, no pudiendo forzar á Montecasino, á entrar en el Reyno de Nápoles echando un puente al rio Garellano. Todo su empeño era pasarlo, y el de los Españoles impedirlos. La artillería de ámbos campos hacia un fuego incesante des-

de las riberas, la Francesa para apartar los Españoles, y la de éstos para impedir echar el puente. Tuvo que superar Gonzalo otros obstáculos mas sensibles, porque el atraso de las pagas tenia á los soldados descontentos, y casi todos los Oficiales se oponian á su dictámen, pretendiendo se retraxese el exército á Capua. Solos mil soldados quedaron en el real: la compañía de Don Fernando Andrade quedó reducida á seis, y tocándole hacer la guardia, el mismo Gonzalo la hizo personalmente en una áspera noche del mes de Noviembre. Este inaudito exemplo de constancia y los dineros que buscaron los Capitanes Juan Espinelo y Pau de Tolosa, sosegaron al exército.

Sin esta reunion habria acabado en el dia siguiente Gonzalo, ó hubiera cortado la feliz carrera de

sus triunfos; porque habiendo los enemigos echado un puente con increible presteza pasaron por él cinco mil hombres, que bien formados y protegidos con treinta y seis piezas de cañon, ganaron á los Españoles un pequeño fuerte. Apénas pudo recoger otra tanta gente el Gran Capitan para detener su fogosa arremetida: echó pie á tierra, tomó una pica, y puesto entre los primeros dixo á todos, que iba á encontrar la muerte ó la victoria. Carga impetuosamente sobre los enemigos socorridos de su incesante artillería y de nuevos refuerzos, que pasaban por el puente. Trabóse una batalla encarnizada: el cañon enemigo daba á los Franceses gran ventaja: Hernando de Illescas Alferez de una compañía perdió de un cañonazo el brazo en que llevaba la bandera; recibióla

en el otro, y habiendo éste padecido la misma suerte, la cogió entre los codos, y la mantuvo en ellos hasta que retirados los Franceses y perseguidos hasta la otra cabeza del puente, mandó Gonzalo tocar á recoger.

Esta victoria y la venida de los Ursinos al exército Español con tres mil hombres mandados por Bartolomé Alviano, amedrentó tanto al Marques de Mantua, que fingiéndose enfermo se retiró, dexando el mando al Marques de Salutces. Nunca hasta entónces se vió marchar las tropas con tanto menosprecio de la muerte contra un fuego, que espantaba á los Oficiales mas experimentados. El de Salutces mas hábil ó mas feliz que su predecesor, pudo pasar el puente, y guarnecer bien un fortin que se hallaba en la ribera de los Es-

pañoles. Gonzalo atento á impedirles el camino de Nápoles, puso su gente en una cañada muy profunda, que era necesario pasar para arribar á aquella capital. Allí tuvo que pelear veinte y siete dias con las lluvias, con la humedad, con las enfermedades, con la hambre, con las vehementes representaciones de sus Oficiales, y con las amargas quejas del casi amotinado exército. Permaneció no obstante en su propósito, enseñando con su exemplo á vencer tantas dificultades. Decia que en la perseverancia en aquel estrecho valle estaba la conquista ó pérdida de Nápoles. El se exponia el primero á los peligros, y toleraba ántes que sus soldados las molestias. Las lluvias hicieron muy en breve un lago de toda la cañada: mandó traer maderos, amontonar piedras y fagina para asen-

tar las tiendas sobre ellas: recogió víveres de los pueblos convecinos: suavizaba sin permitir desórdenes la rigidez de la disciplina militar: visitaba las estancias, y alentaba los Oficiales: acariciaba los soldados; y finalmente no omitia cosa alguna, que pudiese servir de alivio, ó darles mayor ánimo. Con esta constancia se mantuvo hasta que marchó contra los enemigos. Aparentó retroceder á Capua; pero la noche del 26 de Diciembre (pues no quiso mover los reales en las dos antecedentes en reverencia del Misterio de la Natividad) pasó el rio con la mayor parte de su exército, y sorprehendió á Suye, donde pasó á cuchillo gran número de tropas enemigas.

Escaparon algunos á dar tan tristes nuevas al General Frances, que aunque hombre de valor que-

dó consternado con su exército á noticia tan inesperada, y tomó el partido de retirarse en buen órden á Gaeta distante algunas millas. Llamó los Franceses que guarnecian el fortin del puente, que aunque lo deshicieron al retirarse, pudieron los Españoles, á quienes dexó Gonzalo encomendado observasen los enemigos, rehacerlo. Pasaron el rio, se reunen á las tropas de Gonzalo, y todos marchan contra el amedrentado exército Frances, que caminaba con buen órden, aunque con gran celeridad, dexando en el campo parte de la artillería, del bagage y sus enfermos.

Mandó Gonzalo á Próspero Colona picase y entretuviese la retaguardia Francesa, miéntras llegaba él mismo con la fuerza del exército. La estrechura del camino fa-

voreció algun tiempo á los Franceses ; pero luego que llegaron en las inmediaciones de Mola á campo mas abierto cargaron impetuosamente los Españoles. No era á la verdad muy dificultoso vencerlos y aniquilarlos : el miedo y la consternacion los dominaba ; y así Gonzalo conociendo cierta la victoria envió algunos esquadrones para ganar un desfiladero , que media entre Mola y Gaeta , con designios de cortar la marcha , y rendir ó acabar con los Franceses. Comprehendiendo esta resolucion el de Salutces , se vió en las mas estrechas circunstancias que se ha hallado General alguno. El Español victorioso le destrozaba por la retaguardia ; la marcha ó fuga de la vanguardia la iban á cortar los esquadrones ; no habia valor para la resistencia. Adónde se volveria? A

quién podria pedir socorro? Perturbado el ánimo con representaciones tan funestas: sálvese quien pudiere, dixo, y escapó con su caballo. Su exemplo y voz puso en desórden todo el campo. Huyó la caballería á rienda suelta; la infantería atropellada por los caballos, y llena de pavor con tan inminente peligro escapó por donde halló lugar, desamparando toda la artillería y el bagage. Unos corrieron á Gaeta, y otros que se esparcieron por los paises inmediatos, murieron infelizmente á manos de los paisanos vengativos. En la accion y alcance perecieron mil y quinientos de á caballo, seiscientos hombres de armas, y mas de cinco mil infantes.

El Gran Capitan siguió vencedor hasta cerca de Gaeta: ni él ni su exército habian tomado alimen-

to en veinte y quatro horas, y habian corrido sin parar seis leguas de mal camino en tiempo frio y en extremo llovioso. Al dia siguiente se presentó á la Plaza de Gaeta, la comenzó á batir con mucha artillería, y tanto intimidó á los Franceses, Italianos y Suizos, que sin dilacion capitularon entregarla con la artillería, víveres y municiones. Los de á caballo debian salir de á pie; los infantes doblada la punta de la espada; se podrán retirar por mar y tierra; entregarán los prisioneros Españoles, y se pondrán en libertad los Franceses en todo el Reyno. Cumplió Gonzalo con religiosa exâctitud estos artículos, y añadió en la execucion los primores de su afabilidad y cortesía. El mismo conduxo los Oficiales al puerto, consolándolos de su desgracia, y aun

alabando su valor. Hirió con la espada á un soldado, que procuraba arrancar una rica cadena del cuello de otro soldado Suizo; y á no haberse arrojado al mar el agresor, lo hubiera muerto, pues corrió tras él con la espada desnuda muchos pasos. Es cierto, que si los vencidos fueran capaces de consuelo en tan lastimosa y universal derrota, debian tenerlo, en que fué el vencedor Gonzalo Fernandez. Quinientos que de los treinta y dos mil volvieron á Francia (pues las enfermedades consumieron los que no murieron en la guerra), ponderaron á Luis XII. en tanto grado las virtudes de Gonzalo, que aunque despojado de un Reyno lo colmó despues de honores inauditos.

Desde Gaeta envió diferentes partidas á acabar de someter el

Reyno, á cuya capital volvió, y fué recibido con universal aplauso, y alegría. El pueblo, la nobleza, las Señoras, gente de toda esfera, de toda edad y sexô le dieron públicas aclamaciones. Alababan unos su moderacion, quien su justicia, otros su prudencia, su afabilidad, muchos su presencia magestuosa, y todos su valor y pericia militar. Mas toda la alegría se convirtió muy presto en mayor tristeza y sobresalto, porque cansada la naturaleza le acometió tan grave enfermedad, que los Médicos desesperaron de su vida. Verias entónces correr á las Iglesias todos los que si lo recibieron con aplauso, lo gozaban con amor y complacencia. Hiciéronse rogativas públicas, votos y promesas, y tanto los soldados, como los ciudadanos mostraban en competencia su afi-

cion y gratitud. Salió de aquel peligro, y fué necesario tuviese pública audiencia siete dias seguidos para recibir la multitud de gente, que venia á felicitarle. Repartió despues mas bien como poderoso Rey, que como Lugar-Teniente, muchos Estados á los Capitanes, y muchas riquezas á los soldados. A Don Diego de Mendoza hizo Conde de Melito: á Alviano le dió la Ciudad de San Marcos en la Calabria: á Navarro el Condado de Oliveto: á Don Juan de Cardona el Ducado de Benevento: á los Colonas hizo entregar los Estados de que los habian despojado los Franceses: á Fernando Andrade, á Carvajal, Alvarado, Garcia de Paredes, Benavides, Antonio de Leyva, y al Duque de Termes dió lugares y riquísimos presentes; y á la gente de letras, por-

que no le faltase esta partida propia de solos los espíritus grandes, les asignó pensiones.

Envió poco despues á España á Cesar Borja, obligado por expreso mandato de Fernando el Católico, é instancias del Pontífice Romano. Habíale concedido Gonzalo un salvo conducto para venir á Nápoles, y retirarse de aquel Reyno quando le pareciese conveniente, baxo la condicion expresa de no intentar cosa alguna contra los intereses del Rey de España, ni del Pontífice. El turbulento genio de aquel Duque no le dexó sosegado mucho tiempo: premeditaba nuevos movimientos y conquistas; le aconsejó, y le amonestó amigablemente Gonzalo; pero no habiendo tenido efecto sus instancias, y sobreviniendo el órden de Fernando lo embarcó preso á Espa-

ña en las Galeras de Lezcano.

No volaba tan próspera su fortuna en la Corte de Castilla como en Nápoles; porque con el repartimiento de los dominios y mercedes, hizo quejosos á quantos no quedaron satisfechos. Algunos de ellos, y sobre todo Próspero Colona picado vivamente por el favor que concedia Gonzalo á los Ursinos, antiguos rivales de su casa, representaron al Rey muchos peligros en la grande autoridad que gozaba en Nápoles; iguales desórdenes en el gobierno de Gonzalo Fernandez; la insolencia y rapiñas de los soldados permitidas; la hacienda Real desperdiciada; mal gastadas muchas sumas; absoluta autoridad en repartir Estados; poca exâctitud en observar las órdenes del Rey; la Soberana estimacion con que lo respetaba todo el Reyno;

y el temor de alzarse con todo él, como quisiese hacerlo. Estos cargos, si del todo no creidos, no despreciados por el Rey Católico, lo determinaron á cortar la autoridad de Gonzalo: reduxo la Lugar-Tenencia á los límites de mero Vireynato: mandó licenciar parte de las tropas, y puso algunos Gobernadores en lugar de los actuales nombrados por el Gran Capitan, que sentido en extremo de estas disposiciones, renunció el cargo de Virey, y pidió permiso para retirarse á España; pero habiéndole escrito la Católica, que aun vivia, una afectuosa carta, resolvió mantenerse en aquel Reyno.

Luego que con la muerte de esta prudentísima Reyna le faltó su apoyo, se declaró mas abiertamente la envidia, é hicieron tanta impresion en el ánimo del Rey Católico

los siniestros y apasionados informes, que llegó á temer entregase el Reyno de Nápoles al Archiduque, esposo de Juana heredera de Castilla, con cuya gente y dineros se hizo la conquista, aunque eran los derechos de la Casa de Aragon. Deberia sosegar su ánimo una sumisa carta del Gran Capitan, en la que exponia su constante adhesion á los intereses del Rey, y pedia sus órdenes para darles el mas perfecto cumplimiento: pero como siempre las sospechas en materias tan delicadas suelen darse por ciertas, ó por lo ménos obran los políticos como si fuesen tales; le fué órden de reformar las tropas, y se estableció en España un Consejo para cuidar, y proveer en los negocios de aquel Reyno. A la verdad pretendieron el Emperador y el Papa saber de

Gonzalo, que partido abrazaria en caso de venir á rompimiento contra el Rey de Aragon, Administrador de los negocios de Castillla. Al primero respondió gravemente sin descubrir sus intenciones; pero al segundo expuso con acrimonia se maravillaba de su pregunta, que si deseaba saber lo que haria, se informase de quien era Gonzalo Fernandez, y los suyos, y quantos beneficios habian recibido del Rey Católico.

No se descuidaba entre tales inquietudes en adelantar el poder de aquel Monarca, con cuyo permiso puso baxo la proteccion de España las Repúblicas de Luca, Siena y Pisa, á la que mantuvo en su libertad contra los esfuerzos de los Florentines, enviando con Nuño de Ocampo mil soldados. Mas inquietudes le causaba el despedir al-

gunas tropas, pues bien halladas con la guerra, con el país, con la impunidad que se arrogaban, se amotinaron luego que intimó el órden de Fernando. Representó á aquellos ánimos feroces, iban á otras conquistas al Africa, y con este cebo pudo hacerlos embarcar para Sicilia. Asentó paces poco despues el Rey de Aragon con Luis XII., resuelto á casar con Germana de Fox sobrina del Frances, para ganar á éste contra las pretensiones de su yerno el Archiduque, que aunque excluido del Gobierno de Castilla por el testamento de la Reyna Católica, lo pretendia, y aun precisó á Fernando á que saliese de Castilla. Mandó Gonzalo pregonar, y celebrar las paces en el Reyno con grandes muestras de regocijo; pero en realidad ellas le causaron muy grave sentimiento, por-

que ademas de recaer por lo convenido en el tratado el Reyno de Nápoles en la Casa de Francia, sino tuviese hijos la Reyna Germana, le mandaban restituir á los Barones Anjoinos, que habian seguido en estas guerras el partido de la Francia todos sus Estados, repartidos ya entre los mas famosos Capitanes, y á él mismo se le intimaba que pasase á España.

Ambas órdenes eran á la sazon dificiles de executar. La gente de guerra siempre inquieta necesitaba de la prudencia de Gonzalo: era necesario proveer en las Plazas y Gobierno: y como por otra parte se hallaba Castilla dividida en facciones, rehusaba pasar á este Reyno por no verse en la precision de tomar partido. Esta detencion que no encerraba otro misterio, fué notada por varios genios suspicaces no

tanto de inobediencia, como de plausible pretexto para dar oportunidad á otros designios mas graves y peligrosos. El Virey de Sicilia, y otros persuadian á Fernando, intentaba Gonzalo levantarse con el Reyno, ó por lo ménos entregarle al Archiduque: quien afirmaba, que queria casar con el consentimiento del Emperador á su hija Doña Elvira con el Duque de Calabria, ponerlo sobre el trono, y retenerse la Regencia: el Embaxador de Roma Francisco de Roxas avisaba misteriosamente, mantenia Gonzalo correspondencias secretas con algunos Cardenales parciales de Maxîmiliano, y que procuraba apoderarse de la Isla de Isclar.

No sé que fatalidad ha perseguido en todos tiempos á las personas eminentes. Atenas persiguió á Temistocles, y dió veneno á Só-

crates : Roma á Coriolano , y fué desagradecida á Scipion el Africano : Castilla al Cid , y no son graves los motivos, porque condenó á muerte á Don Alvaro de Luna ; y por no aglomerar infinitos exemplares , es fuero de Aragon, dice Gerónimo Zurita , pagar con ingratitudes á los que mas se distinguieron en servicio de la patria.

La fuerza de esta ley fué tan adelante contra el Gran Capitan, que el Rey Católico siempre suspicaz , dudoso despues , y últimamente persuadido de que intentaba executar algunas perjudiciales intenciones, determinó prenderlo en Nápoles. Poco ántes le habia despachado una Cédula en que le prometia con juramento , y baxo su Real palabra el rico Maestrazgo de Santiago , luego que llegase á España ; pero no siendo fácil ga-

nar con intereses á un ánimo, que los despreciaba, no apresuró el viage, y dió sin pensarlo nueva confirmacion á la persuasion de Don Fernando, quien ordenó á su hijo el Arzobispo de Zaragoza, pasase á Nápoles por Virey, y para executar prision tan arriesgada, le asignó por compañeros al Duque de Villahermosa, á Don Ramon de Cardona, Pedro Navarro, y al Virey de Sicilia: al pueblo de Nápoles lo debia sosegar con la promesa de ciertos privilegios Alberico de Terracina.

Gonzalo sin tener noticia de golpe tan escandaloso lo detuvo con una rendida carta, que escribió en 2 de Julio á Don Fernando jurando en ella á Dios como christiano, y haciéndole pleyto homenage como Caballero de tenerlo por su Rey y Señor. Dió

despues órden en las cosas de Nápoles ; mandó al Señor Alarcon recorriese las Plazas , y dexándole encomendada la administracion de doce mil ducados que en tierra de *Labor* le habian asignado los Reyes Católicos , salió de Nápoles , y se embarcó en Gaeta para venir á España , pues ya Fernando habia salido de Castilla , y se habia embarcado en Barcelona para recibir el juramento de fidelidad de los Napolitanos , y principalmente para traerse sin ruido á Gonzalo. Inesperadamente lo encontró en Génova , y lo recibió con singulares muestras de confianza , de sumo aprecio y de cariño. Volvióse á Nápoles , y allí fué el medio de las mercedes , que concedió Fernando : él presentaba á los que pretendian alguna gracia , ó pedian justicia; exponia los méritos ; acor-

daba los servicios; excusaba los defectos, ó disminuia las faltas. Si alguno de cortedad no se atrevia á llegar al Rey, él lo llamaba por su nombre, lo alentaba y á veces hacia la relacion, é interponia sus súplicas. Este christiano proceder no pudo enfrenar la envidia de sus enemigos, y no habiendo logrado la prision, persuadieron al Rey le pidiese razon de dos millones, doscientos once mil doscientos y treinta ducados, que se gastaron en la conquista de aquel Reyno. A este cargo hecho en junta determinada, presidida por el Rey, y que miró Gonzalo con la indiferencia, por no decir desprecio, que le dictaba su magnánimo corazon, respondió en un libro de cuentas burlándose finalmente de semejante impertinencia en estos términos: en Sa-

cerdotes, Religiosos, pobres y monjas, que sin cesar rogaban á Dios por la felicidad de las armas Españolas, doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales. En espias para averiguar los designios de los enemigos, setecientos mil quatrocientos noventa y quatro ducados. Añadia otras partidas mas exôticas y exôrbitantes, que movieron la risa de los desinteresados, y llenaron de confusion al Tesorero, logrando que acabase con prontitud y burla, lo que principió con gran misterio; para manifestar que no se debia baxar á semejantes menudencias con un hombre de su calidad, y en una guerra en que sola su industria supo mantenerla muchos meses.

El Papa y Venecianos le suplicaron en estas circunstancias admitiese el Gobierno del exército

que preparaban uno y otros para hacerse mutuamente la guerra; pero conformándose en todo á la voluntad de Don Fernando rehusó, aunque deseaba dar mas pruebas de su valor y conducta, ámbos bastones. Ofreció y entregó voluntariamente los Ducados de Terranova y Sant Angelo, que le dieron los Reyes Don Fernando el Jóven, y Fadrique, para facilitar el restablecimiento de los Anjoinos. Los Capitanes Leiva, Alarcon, Paredes, Paz, Solís y otros ofrecieron igualmente sus Estados. Gonzalo tuvo en recompensa el Ducado de Sesa con otras tierras, lugares y castillos; pero lo que mas satisfizo su noble corazon fué la Cédula Real y testimonio público dirigido á todos los Reyes y Soberanos, en el que hacia Fernando copiosa enumeracion de sus

hazañas, loaba sus virtudes, y sobre todo su obediencia y fidelidad, en las que habian procurado poner mácula algunas lenguas maldicientes.

En la Primavera de 1507 se embarcó para Saona, donde logró las mayores pruebas de estimacion que ha recibido vasallo alguno de Monarcas. Luis XII. de Francia aguardaba en aquel Puerto al Rey Católico parte para conferenciar ciertas materias, y parte por ver á aquel glorioso General, que tanto admiraba Europa, y ponderaban sus soldados. Alcanzó Luis de Fernando se asentase Gonzalo entre los dos á una misma mesa, y en todo el tiempo de la comida no dexó de ponderar sus méritos, su conducta y humanidad, juzgando al Rey Católico por mas feliz en tener tal General, que en poseer

infinitos dominios. Se quitó de su Real cuello una cadena de inestimable precio, y la puso con sus manos en las de Gonzalo, á quien hizo relatar sobre mesa los mas importantes acontecimientos de la guerra de Nápoles. Algunos políticos pretenden que tantas demostraciones de estimacion que le dió el Rey de Francia, tuvieron por objeto, mas que honrarle, indisponerlo mas y mas en el suspicaz ánimo del Rey de Aragon, que efectivamente no volvió á encomendar á Gonzalo Fernandez empresa alguna de importancia; pero yo juzgo que no hay pruebas para creer un proceder tan irregular en el Rey Christianísimo, y que los Escritores que han discurrido así, han intentado mas que decir la verdad, manifestar la agudeza de su ingenio. Salió pues de Saona, y ha-

biendo padecido algunas calenturas en el mar desembarcó en Valencia. Veníanle acompañando una prodigiosa y lucida muchedumbre de Oficiales Españoles é Italianos, que no acertaban á apartarse de tan amable compañía. Concurrian muchas gentes de los pueblos comarcanos para ver á aquel Gran Capitan, cuyos verdaderos hechos habian oido con admiracion, y quizás con incredulidad. Llegó por último á la Ciudad de Burgos, donde estaba la Corte, y salió á recibirle el Rey Católico, que habia llegado ántes, con grande acompañamiento de Grandes y personas distinguidas.

Allí se mantuvo muchos meses recibiendo gravísimos sentimientos del Regente de Castilla, que rehusaba con fútiles pretextos ponerle en posesion del Maestrazgo

de Santiago, que tan solemnemente le habia prometido. Trató de casar á su hija Doña Elvira con el Condestable Don Bernardino de Velasco, aunque la procuraba Fernando para su sobrino el Duque de Segorve, y despues para su nieto el hijo del Arzobispo de Zaragoza. Aconsejó al Cardenal Ximenez no renunciase á favor de éste el Arzobispado de Toledo; y como en todas estas pretensiones tenia particular empeño el Regente, no pudo dexar de manifestar su disgusto á Gonzalo. En lo que mas lo echó de ver fué en la causa de su sobrino el Marques de Priego hijo de Don Alonso de Aguilar. Habia aquel mandado prender en Córdoba, y llevar al castillo de Montilla un Juez que enviaba el Rey para castigar algunas personas inquietas, y sosegar

ciertos movimientos. Incurrió el Marques toda la indignacion de Don Fernando, y á no haber sido por la interposicion de Gonzalo, y por las vehementes representaciones, que acompañado de los Grandes de Castilla, hizo al Rey con mucha gravedad, eloqüencia y libertad acordándole los méritos del padre del Marques, principal conquistador del Reyno de Granada, y muerto en la guerra contra los Moriscos levantados, y la série de tantos gloriosísimos ascendientes, baluartes contra los enemigos, y firmísimas columnas del Estado, que merecian sin duda el perdon de un delito, ni de los mas graves, muy freqüente en aquellos tiempos, y nunca digno del último castigo en un Grande de Castilla, quizás el sobrino hubiera perdido la cabeza. Se fulmi-

nó no obstante una sentencia que mortificó en extremo á Gonzalo, pues mandaba entre otras cosas arrasar la fortaleza de Montilla donde habia nacido; y se executó sin que pudiesen estorbarlo sus representaciones, ni la interposicion de la Grandeza, ni de los Embaxadores de Francia.

Este proceder, y el sentimiento de no recibir de Don Fernando el cumplimiento del prometido Maestrazgo, le determinaron á irse á vivir á Loja, Ciudad que le habia cedido el Rey por su vida, y cuya propiedad le ofrecia, como renunciase la pretension del Maestrazgo.

En aquella Ciudad fué el alivio de todos los vecinos: expendia liberalmente muchas limosnas á los necesitados: apaciguaba las quejas y diferencias entre los Se-

ñores de la Provincia: él mismo se ofrecia por Juez entre los que intentaban seguir pleytos, para ahorrarles la pérdida de tiempo y de intereses. El Cardenal Ximenez, hombre el mas sabio en discernir el verdadero mérito, pidió á Fernando le concediese á Gonzalo para mandar las tropas que iba á embarcar para la conquista de Oran; y aunque no fué por no haber concedido la peticion el Rey Católico, tuvo mucha parte en la felicidad de aquella expedicion, pues se ordenó toda ella, se escogió el General, y se tomaron las disposiciones siguiendo los consejos de Gonzalo.

En la famosa liga del año 1511 entre Venecianos, el Papa y el Rey Católico contra qualquiera que perturbase la tranquilidad de Italia, pidieron los dos primeros

al Gran Capitan por General. Y si bien el carácter de Fernando no concedió por entónces esta peticion, la famosa batalla de Ravena ganada por los Franceses con mayor pérdida que los vencidos, le precisó á recurrir á él, como á el único que podia restablecer los intereses de la liga. Mandóle pues disponerse para pasar á Italia: acudieron á Málaga baxeles, y á sus inmediaciones muchas tropas, grande número de Caballeros de la principal nobleza, ansiosa por aprender el arte de la guerra, y adquirir gloria militando baxo la conducta de Gonzalo. Asentáronse en las listas el Duque de Villahermosa, los hijos de muchos Señores, y el Conde Don Fernando Andrade. Ya estaban las tropas en disposicion de embarcarse en aquel Puerto, y Gonzalo se hallaba satisfecho

de ver su estimacion restablecida; pero no llegó la execucion de la jornada, pues la inmensa política del laboriosísimo Fernando logró se apartase el Emperador de los Franceses, y que los negocios de esta Nacion cayesen en Italia con la misma rapidez que habian principiado á levantarse.

Sintió extremamente el Gran Capitan perder esta ocasion en que adquirir mas gloria: exhortó las tropas á conformarse con la determinacion del Rey, y añadiendo á sus razones inauditos exemplos de magnificencia, repartió entre Oficiales y soldados exquisitas alhajas, y mas de cien mil ducados. Representóle un doméstico la exôrbitancia de esta suma, y le respondió: dadlo, que para usar de ello lo quiero, que el gozar de la hacienda es repartirla. En Loja vol-

vió á hacer nuevo repartimiento para socorrer á muchos, que se habian arruinado en prevenciones que hicieron para pasar á Italia. Mantenia en el servicio de su casa treinta Caballeros, sin contar otros criados menores en número excesivo. A todos los trataba con gran moderacion, sin enfado, sin castigo, con mucha estimacion y caridad. Cuidaba que viviesen sin bullicio ni alborotos, limpios de reniegos, apartados del juego y de ilícitos amores. Concurrian tambien á aquella Ciudad muchos Caballeros de Andalucía para gozar de sus prudentes instrucciones, porque no era Gonzalo de aquellos soldados fieros que tenian por valor la ferocidad; ántes por el contrario era de genio afable, muy político, y sazonaba sus conversaciones con agudezas delicadas, y propias de un ánimo liberal y sabio.

Mis lectores tendrán á bien que yo recopile en este lugar algunas de las que dixo en diferentes tiempos.

Quando derribaban el castillo de Montilla, una parte de muro que cayó, quitó la vida á mas de cien hombres; y avisándolo á Gonzalo: „miren, dixo, cómo se de„fenderia vivo el que moribundo ha „muerto tantos.

Santelmo es entre los marineros un fuego sin actividad, que se muestra despues de las tormentas en la entena: pues como en las inmediaciones de Gaeta hubiese un terrible combate entre Españoles y Franceses, ya al fin de él apareció sobre una embarcacion el Capitan Carbellon Catalan haciendo muchos ademanes, como quien deseaba venir á tierra para pelear. Preguntando Don Diego de Mendo-

za, quién seria? „Como sois corto „de vista, respondió Gonzalo, no „conoceis que es Santelmo.

Despues de la entrega de Gaeta, el Señor de Aubigni le dixo: „Señor Gonzalo mandadnos pro„veer de buenos caballos, que nos „puedan llevar y traer"; indicando que volveria á renovar la guerra. Gonzalo respondió: „volved en „buen hora, que quedo con el cui„dado de prevenir otros caballos „que os vuelvan á llevar." Mostrando que correrian igual fortuna.

Al Condestable de Castilla regaló una Dama muy flaca á quien servia una presea verde; y por este motivo él mismo dió á sus pages y lacayos librea de aquel color: encontrándole Gonzalo le dixo: „Señor Condestable, si vuestra Da„ma no engorda con tanto verde, „mandadla vender, pues jamas po„drá engordar.

No mucho despues de la muerte de su hermano Don Alonso, mandó quitar la vida á un soldado delinqüente; y como éste hiciese muchas protestas, y le citase para el tribunal de Dios, le respondió: „Yo estoy por acá muy ocupado: „id en buen hora, que allá está mi „hermano Don Alonso, que os res„ponderá por mí.

García de Paredes se enfurecia tanto, que parecia frenético, y le notaban de loco. En el desafio entre los once Españoles y Franceses se defendió mucho tiempo á pedradas, por haber quebrado sus armas. Por la noche se llevó su intrepidez las primeras alabanzas, á las que añadió el Gran Capitan: „no queriais que se defendiese va„lerosamente, pues tiraba piedras, „que son sus propias armas?

Tales eran sus prontitudes y

agudezas. Añadia segun las circunstancias con una gravedad propia de su carácter y estado solidísimos razonamientos sobre los intereses de las Cortes, y sobre los sucesos importantes que acontecian en su tiempo. Con el fin de saberlos exâctamente tenia en las principales Cortes de la Europa sugetos habilísimos, que le informasen los movimientos de las guerras, ó disposiciones de la paz. Estas noticias las relataba con dulcísima eloqüencia, y las escribia á sus amigos y correspondientes.

Pero no siendo fácil que un corazon tan grande y ansioso de gloria se mantuviese gustoso en los estrechos límites de Loja, aunque procurase divertir su ánimo ya en las inmediaciones de aquella Ciudad, ya pasando á Granada, cayó enfermo de quartanas en Agosto

de 1575. Contribuyeron tambien á este accidente nuevas sospechas y órdenes del Regente de Castilla, que receloso y advertido por los enemigos de Gonzalo, intentaba éste pasar á Flandes, traer á Cárlos de Austria, despues Emperador de este nombre, y ponerlo sobre el trono; ó que queria segun otros avisos, mandar sus tropas contra Francia, ó que esta Potencia tambien le convidaba para que gobernase las suyas en Italia; ordenó no permitiesen salir de Málaga ninguna embarcacion, porque no se retirase: que si abordaba algun navío Frances, lo detuviesen; y que en caso necesario se prendiese á Gonzalo. Mal fundadas sospechas movieron al Regente á mandarlo prender en Nápoles; y no es mucho que semejantes recelos confirmados por siniestros informes

de envidiosos malsines le determinasen segunda vez á tomar resolucion tan disonante: hay quien asegure tenian el verdadero orígen estos recelos en maliciosos artificios de la Francia, que efectivamente convidaba á Gonzalo para inutilizarlo, poniéndole de mala fé en el ánimo de Don Fernando.

Pero de qualquier modo que esto haya sucedido, la muerte cortó los temores del Regente, y apaciguó la envidia de sus enemigos. Agravóse la enfermedad, y mandando los Médicos le llevasen á Granada para la mudanza de ayres, murió en aquella Ciudad el 2 de Diciembre de 1515. Los sentimientos de sólida piedad, las lágrimas, la resignacion que manifestó en aquella última hora, correspondieron al espíritu de christiandad que le habia animado en

el discurso de su vida. Ordenó se dixesen por su alma cincuenta mil misas, y que depositasen su cadáver en la Iglesia de San Gerónimo, para sepultarlo despues adonde pareciese á su esposa. Por entónces fué depositado en San Francisco, y trasladado los años adelante á una Capilla, que en el Real Monasterio de San Gerónimo de Granada concedió el Emperador Cárlos V. para enterramiento de Gonzalo y sus descendientes.

Los elogios de tan ilustre Capitan fuéron las lágrimas y el luto, que derramó y vistió toda la España por la noticia de su muerte. El Rey Católico escribió el pésame á la Duquesa viuda, tomó luto, mandó lo vistiese la Corte, se hiciesen Honras en su Real Capilla, y, lo que no tenia exemplar, en todo el Reyno. El Príncipe Don Cár-

los expresó tambien en otra afectuosa carta su sentimiento á la Duquesa. Granada satisfizo con magníficas Honras parte de lo que debia al que principalmente contribuyó á sacarla del infame yugo Sarraceno. Asistieron á ellas el Conde de Tendilla Virey y Capitan General de aquel Reyno, la Ciudad, los Tribunales, la Inquisicion, y todas las Religiones, el Marques de Priego, el Conde de Cabra, el Señor de Palma, el de Alvacete, y la principal nobleza de las dos Andalucías; realzando en el túmulo la magestad de tan numeroso duelo doscientas banderas y estandartes, y dos pendones Reales que habia tomado Gonzalo de los Moros, Turcos, Franceses é Italianos.

Tal fué la vida y muerte de este glorioso Capitan. Mucho sin

duda habrá perdido la narracion en nuestra pluma; porque si sus virtudes y la excelencia de su ánimo estuvieran en este compendio retratadas como fuéron en sí mismas, jamas se podria hallar imágen mas hermosa. Todo, como dexamos dicho, fué grande en este ilustre héroe: solo ha faltado un Escritor correspondiente, que igualase (si esto puede ser) con su eloqüencia la magestad de la materia; porque Jovio que escribió en tres libros la vida de Gonzalo, no es exâcto, omite muchas noticias verdaderas, y mezcla algunas fabulosas: Du-Poncet yerra mas que Paulo Jovio: la Crónica que corre en Español es incompleta, y huele en muchas partes á Novela: las Historias generales dicen poco; y muchos Poetas que exôrnaron la narracion con los primo-

res y ficciones de su arte, quitaron la credulidad á los hechos verdaderos, y este compendio es muy pequeño, inferior al mérito de Gonzalo, y tambien á mis deseos.

He procurado no obstante seguir por único norte á la verdad, apartado del odio y de la pasion, que sin duda han cegado á Varillas Escritor de la vida de Luis XII, y á Dessormeaux, que ha publicado en nuestros dias una Historia de España, ó mejor diré una atrevida Sátira contra muchos de nuestros Reyes. Ambos notan á Gonzalo como hombre pérfido, y tan poco escrupuloso, dicen, en observar su palabra, como el Rey Católico. Y será necesario refutar dignamente sus calumnias? Si ellos mismos creyesen lo que escriben, tomaríamos el trabajo de desengañarlos. La voluntad mal dirigida, llena de

encono y de venganza los ha forzado, contra lo que les dictaba su propio entendimiento, á aglomerar calumnias y dicterios. Son no obstante dignos de disculpa, porque en realidad necesitaban mucha grandeza de ánimo para decir la verdad, hablando de un Capitan que en todas las ocasiones humilló gloriosamente la jactancia de su Nacion, que rehusaba aun entrar en comparacion con la Española.

FIN.